

# JUAN ANTONIO GAYA NUÑO

1913/1976

Historia del cautivo



*La esperanza tiene los cabellos blancos*  
Concha G. de Marco

**Idea y textos**

José María Alcalde Jiménez

**Fotografías**

Centro Cultural Gaya Nuño  
(Caja España-Duero), AHPSO  
y Archivo Inés Tudela

**Libros y otros documentos**

Centro Cultural Gaya Nuño  
y Biblioteca Pública de Soria

**Dibujo de José Robledano tomado de**  
Cardero Azofra, F. y Cardero Elso,  
F. El penal de Valdenoceda.  
Cálamo, 2011

**Diseño gráfico**

Alfonso Pérez Plaza

**Impresión catálogo**

Graficolor Las Heras

**Montaje exposición**

Rótulos Pascual

DL: SO 75/2013

R. 207622



## Presentación

La Biblioteca Pública de Soria quiere sumarse a los homenajes que en el centenario de su nacimiento se han rendido a Juan Antonio Gaya Nuño. Y lo hace con una exposición que continúa la serie de las que desde hace ya algunos años viene realizando para acercar a lectores y usuarios algunas figuras eximias de las letras españolas, relacionadas o no con Soria. De las letras y de la vida pública, porque todos ellos (Antonio Machado, Dionisio Ridruejo, Miguel Hernández, Juan Antonio Gaya Nuño) son un ejemplo de coherencia intelectual y honestidad personal.

Junto al homenaje, el objetivo no es otro que estimular al lector para que se acerque a la obra de autores (clásicos) cuya lectura es siempre nueva, provechosa y enriquecedora. Esta incitación a la lectura es especialmente necesaria en el caso de Gaya, autor injustamente olvidado y a quien solo recientemente se le está reconociendo su auténtica valía y altura de escritor. La publicación en 2000 de su *completa* obra literaria ha revelado la dimensión verdaderamente extraordinaria de la narrativa de Gaya, con sus singularísimos "libros estrafalarios", cuentos y una soberbia novela: *Historia del cautivo*.

En nueve amplios paneles se reconstruye la vida de Juan Antonio Gaya Nuño, desde su niñez en Tardelcuende hasta su muerte en Madrid en 1976, y se comenta su obra literaria y su ingente producción de crítica e historia del arte. Es una sentida exposición en la que se recuerda la trágica historia familiar, que tan dignamente supo llevar Gaya, y su particular relación con Soria.

Con ella, y poniendo a disposición del público lector las obras de Gaya Nuño, esperamos contribuir a recuperar para la *cultura soriana* a un gran escritor que tanto hizo por la revalorización, conservación y difusión del arte español y que nos entregó obras tan geniales como *El Santero de San Saturio*.



T. 1730061  
C. 73824362

## “Aquella mañana fría de Tardelcuende”

### “Los trenes”

Aquella mañana fría de Tardelcuende fue la del 28 de enero de 1913, el día antes de su nacimiento. Una mañana “espléndidamente fría, propia de los finales de enero”, en la que, tal y como imagina Gaya en su fantástico –en todos los sentidos– relato que titula *Los Trenes*, el todavía no nacido se “separó del útero materno” para acudir a la llamada de “El Amigo”, que lo acompañó a “ver pasar trenes”. Y, “sentados debajo de los primeros pinos”, junto a la estación, vieron pasar numerosos convoyes repletos de los más variados productos y objetos. Primero desfilaron trenes cargados de harina, animales, pescado y otros alimentos; le siguieron los que contenían toda clase de líquidos y a continuación los que transportaban “cargamentos heterogéneos”: azúcar, café, lana, libros, medicinas, etc. Finalmente, “vi pasar dos fusiles, correajes militares, cajas de munición para fusil y ametralladora, bombas de mano”. El convoy que contenía estos pertrechos, el último, “se perdió de vista haciendo guiños, entre el pinar, con su farolito rojo. El espectáculo mañanero había terminado.”

Advertido el “nonnato” de que el destino de todas esas mercancías no era la inminente Gran Guerra (1914-1918), sino solo él, y a pesar de la repugnancia que le produjo la visión de todo lo que consumiría a lo largo de su vida, optó por nacer. “Puede que la vida merezca ser vivida. Probaremos suerte”, dijo. Pero no pudo dejar de hacer una última pregunta a El Amigo. “Esos fusiles y cajas de municiones que iban en el último tren supongo que también me están destinados. ¿Es absolutamente necesario?”. “No sabes bien lo necesario que será (le contestó), ni en qué medida influirán en tu vida”. Bien sabía Gaya Nuño cuando escribió este cuento, sesenta años después, cómo influyó la guerra en su vida. La guerra y esa especie de “guerra continuada” que fue el franquismo. Y, sin embargo, debía pensar que, a pesar de todo, a pesar de “todas las bellaquerías que le hicieron”, había merecido la pena vivirla; una vida de resistente orgulloso que nunca se inclinó ante los verdugos.



Estación de Tardelcuende. Los trenes fueron “una de nuestras obsesiones”. (C. de Marco)

### “Los primeros recuerdos de mi niñez”

Sus primeros años los vivió Gaya en Tardelcuende, pequeño pueblo de pinares en el centro de la provincia donde su padre ejercía como médico rural. El pinar, los trenes, sus paseos a la estación, el frío, el río cangrejero, el aroma de los pinos resineros; esos son algunos de los materiales de los que están hechos los recuerdos de su primera infancia, no siempre asociados a vivencias felices. En *El Santero de San Saturio*, Gaya Nuño refiere “uno de los primeros recuerdos de mi niñez, de los que modelan toda una vida”: el trágico accidente ocurrido en la corta de pinos del pueblo, cuando uno de esos pinos, “al caer, hirió gravemente a un leñador con un cruel corte que le hendía la frente hasta la comisura externa del ojo izquierdo”.

Mucho más grato es el recuerdo, recogido en su *Tratado de mendicidad*, de un amable mendigo pidiendo limosna al niño de “cuatro o cinco años” que era entonces Gaya. “Hermoso niño, ¿puedes darme una limosna?”. La escena dejó huella en Gaya. “Desde entonces comencé a sentir cariño hacia los mendigos”, aquellos mendigos de su infancia y juventud a los que observó con curiosidad infantil, que desataron su imaginación y ansias de aventura. Si hay recuerdos que modelan toda una vida, no cabe duda cuál sería la forma de ese modelado en el caso de los de Gaya: compasión y solidaridad con los humildes y un inequívoco sentido social que conservará toda su vida.

**“Procedo de clase etiquetable como media alta en lo social y en lo económico. De clase alta en lo intelectual”**

En ese mismo campo de valores incidía la educación recibida por Gaya en su propia casa, pues “no asistí a ninguna escuela primaria y estas enseñanzas fueron de responsabilidad paterna”. Perteneciente Gaya Nuño a una elite ilustrada con conciencia de serlo, su padre, republicano de centro izquierda, optaba por no llevar a su hijo a “la escuela del pueblo”, que ofrecía escasas “garantías pedagógicas”. Así se crió Gaya, en Tardelcuende primero y luego en Soria, rodeado del amor de sus padres que, recordaría al final de su vida, lo amaron más que lo comprendieron, “dieron capital importancia a (su) educación” y le transmitieron el “amor al libro, lo que nunca lo agradeceré suficientemente”.

Un niño algo retraído, “dado a la fantasía (y) dotado siempre de un agudo espíritu crítico”, mas no por ello infeliz. “Mis juegos infantiles preferidos consistían en dibujar y escribir”. Prefería también la compañía de los “chicos humildes” a la de los amigos *oficiales* de las “buenas familias”, vacuos y superficiales. Entre los 10 y los 14 años leyó “mucho (o) muchísimo” y “con enorme entusiasmo”, pero no por ello de forma desordenada: desde los cuentos de Grimm hasta la “novela novecentista”, pasando por Julio Verne y Alejandro Dumas.

“Tú eres hijo de una gitana y un francés”, cuenta Concha de Marco que solía decirle a Gaya, algo que a este “divertía y halagaba”. Hay que reconocer la fuerza de la imagen: Francia y Castilla hechas carne en Juan Antonio. Interés por la cultura, republicanism, sentido cívico, confianza en el progreso, honestidad intelectual. Empecinamiento, pasión, “firmeza de sus convicciones”, “imposibilidad absoluta de doblegarse ante nada ni ante nadie”, “actitud de indignada rebelión ante la injusticia”, dignidad, altivez, soberbia. Todo ello fundido “en su sangre tan visceralmente, tan totalmente, que sería difícil distinguir en apurado examen cuáles eran Gaya, cuáles Nuño.”



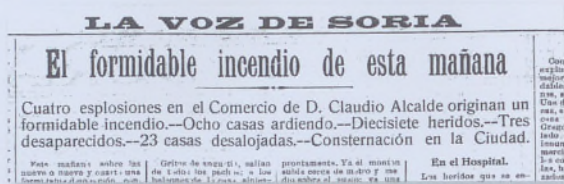
Juan Antonio Gaya Nuño con sus padres y su hermano Benito en 1917.  
(Centro Cultural Gaya Nuño, IFGN ó)

## “Las desgracias nunca vienen solas”

No mucho tiempo después de haberse instalado la familia en Soria, en 1922 sobrevino un accidente que causó conmoción en la capital y perturbó gravemente a los Gaya. Eran las nueve de la mañana del día 25 de julio cuando se escuchó una tremenda explosión en el establecimiento de D. Claudio Alcalde, en la plaza de Ramón Benito Aceña, donde “se expendían pólvora, cartuchos, dinamita, a la vez que géneros de ferretería”. Como consecuencia del “horrible incendio” murieron “diez o doce” personas y ardió casi toda una manzana. Entre otras numerosas casas, el fuego destruyó la de los Gaya, que, según Concha de Marco, quedaron “con lo puesto”. El seguro pudo amortiguar algo el golpe, pero el impacto del accidente en la apacible vida familiar debió ser tremendo. Por lo pronto, la familia trasladó su domicilio y consulta a una casa en la plaza del Vergel, nº 2, y poco a poco, al decir de Concha de Marco, “fueron saliendo adelante con dignísima escasez”.

Gaya Nuño, cuya obra literaria se nutre en gran medida de su propia vida (y que cuando inventa sigue diciendo la verdad), recoge el hecho en *La historia del cautivo*: la explosión originó “un terrible incendio que tardó aún días en ser sofocado. Y ello, con nada menos que diez o doce muertos, cantidad grande de heridos y destrucción de media docena de las casas más importantes del centro de la ciudad”. Pero la mayor desgracia para los Gaya estaba por llegar: el hijo mayor, Benito, “contrajo la polio” y quedó impedido para el resto de su vida. Los padres acusaron el golpe y “envejecieron súbitamente”.

Mientras tanto, Gaya Nuño cursaba el bachillerato en el Instituto Nacional de 2ª Enseñanza, donde el padre daba clases de Gimnasia desde su llegada a la capital. Por entonces “se reveló” su vocación”. Destinado, “por pretensión familiar”, a la profesión de médico —que en absoluto le desagradaba—, su “aversión” a las matemáticas —“que martirizaron mi niñez”— le incapacitó para el estudio de la medicina. En 1924-25 estudió el tercer año del grado de bachiller, obteniendo sobresaliente en Historia de España (“con derecho a matrícula de honor”) y en Lengua francesa. Atraído por el arte y las humanidades, decidió estudiar la carrera de Letras en la Universidad Central de Madrid en el momento álgido de la revueltas estudiantiles contra Primo de Rivera. Por esas mismas fechas comenzaba a formar su biblioteca de arte (J. M. Martínez Laseca).



La Voz de Soria, 25 de julio de 1922.



La Voz de Soria, 28 de julio de 1922. “Estado en que quedaron las casas incendiadas, vistas por la Calle del Marqués de Vadillo”. Foto «Voz»



El Avisador Numantino, 29 de julio de 1922.



El Avisador Numantino, 7 de marzo de 1923.

## “Hasta el final no fue otra cosa que un republicano”

La proclamación de la Segunda República fue saludada con entusiasmo por el joven Gaya. Cuenta Concha de Marco que, estando en casa estudiando el 14 de abril, oyó el rumor de gente en la calle y salió a compartir la alegría de los manifestantes: “emocionado, besó la bandera de franja morada”. Por su parte, el padre, D. Juan Antonio Gaya Tovar, uno de los integrantes del Comité Provisional de la República que asumió el poder municipal y provincial mientras se constituían “definitivamente las (nuevas) Autoridades locales”, intensificó su compromiso político en aquellos años de esperanza para un *creyente* republicano como él. Entre sus artículos políticos publicados en *La Voz de Soria* se recuerda especialmente el titulado: “Una provincia del siglo XVII”, y se recuerda también cómo, en abril de 1936, fue elegido compromisario para la elección de presidente de la República.

La República es el período de su vida que Gaya Nuño guardará siempre en la memoria como un tiempo de “plenitud personal”, asociado a un nuevo tiempo histórico, que identificaba con personalidades como Lorca, a quien acompañó en su visita a Numancia en mayo de 1932 y, poco después, cuándo acudió a Soria con el teatro universitario *La Barraca*. En la “mitología juvenil” de Gaya quedó grabada la presencia de Federico, quien, “una tarde de verano de 1932, me presentó a Benjamín Palencia”, “entre una zapatería y una tienda de ultramarinos”. Plenitud personal, aunque el joven Gaya estuviera todavía en fase de formación y sin un destino profesional preciso.

En efecto, después de obtener la licenciatura en Filosofía y Letras, trabajó desde 1932 como “Ayudante interino gratuito de la Sección de Letras” en el Instituto y “archivero bibliotecario de la Diputación Provincial”. Además de en las tareas docentes y archivísticas, ocupaba su tiempo en recorrer la provincia recabando información para su Tesis Doctoral sobre *El románico en la provincia de Soria*, que defendió en Madrid ante el tribunal formado por los más prestigiosos historiadores del Arte: Elías Tormo, Manuel Gómez Moreno, José Ferrandis, Andrés Ovejero y Enrique Lafuente Ferrari, y por la que recibió el premio extraordinario de doctorado en 1935.



Gaya Nuño junto a Federico García Lorca, Blas Taracena y Fernando de los Ríos en la visita a Numancia en 1932. [Col. Inés Tudela]

## “Categoría de futuro catedrático”

Para su elaboración contó, entre otros, con el inestimable apoyo de Blas Taracena, quien en esos años —y también después de la guerra, en circunstancias mucho más difíciles— se convirtió en su mentor intelectual y protector. Las cartas que por entonces se cruzaron tienen un tono de gran confianza y cordialidad. (A la muerte de Blas Taracena, en 1951, su hijo recordaba a Gaya “lo que él te quería”: “Para mi padre eras tú un segundo hijo”) Blas Taracena le facilitó la publicación de sus primeros trabajos, le procuró información y contactos y le apoyó en la decisión de presentarse a las oposiciones a la cátedra de Historia del Arte, Arqueología y Numismática de la Universidad de Santiago: “pues aunque no lograses la cátedra obtendrías categoría de futuro catedrático, lo cual es indispensable para llegar a serlo”. Por cierto, “supongo que lo habrás comentado con D. Manuel”, le decía. Como cabía esperar, Gaya no aprobó las anheladas oposiciones, pero sí consiguió, en aquel esperanzador febrero del 36, “reconocimiento intelectual” y consejo para que se presentara a las próximas de la Universidad de Murcia. Antes, en las Navidades de 1935/1936, había conocido a Concha de Marco —una tarde en la que “se creó el mundo”—, quien fue la compañera de toda su vida.



Boda civil de Juan Antonio Gaya y Concha de Marco en Madrid (julio de 1937). "Fui una novia sin ajuar, sin invitados, sin flores".  
(Centro Cultural Gaya Nuño, IFGN 40)



Militares sublevados ocupando la Calle Estudios (julio de 1936) y desfilando en bicicleta en la Calle Marqués de Vadillo (1937). AHPSo, núms. 2432 (A. Carrascosa) y 3629 (Ricardo Tovar)



## “La guerra por antonomasia, la nuestra, la de 1936/1939”

Gaya Nuño tenía 23 años en 1936. Se encontraba en Madrid preparando la oposición a la cátedra de la Universidad de Murcia cuando estalló la Guerra Civil y se desencadenaron los terribles acontecimientos que cambiaron su vida. Vida demediada, partida, cuando apenas se iniciaba. Es difícil exagerar el quebranto y el daño moral que los hechos sorianos de julio-agosto de 1936 causaron a Gaya. Sin duda, esa fue la “situación decisiva” en su biografía. Pasaron décadas y la víctima, como suele ser habitual en estos casos, se seguía negando a hablar del “ultraje”. Una negativa áspera, bronca, acaso por la imposibilidad de decir lo inefable. Como sea, lo cierto es que el asesinato de su padre y su alistamiento en el Batallón Numancia señalaron un nuevo derrotero a su vida, tan distinto al soñado. “Hice toda la guerra civil y fui vencido. Y hablo en primera persona porque considero mi vencimiento como una cuestión personal, sin perjuicio de integrarlo en la general derrota de tantos millones de españoles”. Es lo que fue Gaya Nuño, un vencido que no se arredró y que nunca quiso ser otra cosa.

## “Hice toda la guerra civil y fui vencido”



El Avisador Numantino, 1 de abril de 1939. “Recuerdo al salvador de Soria”: Teniente Coronel de la Guardia Civil, Don Gregorio Muga Díez.

## “La columna Mola”

El relato de lo acaecido en Soria en aquellos días decisivos de julio de 1936 se debe a uno de sus protagonistas: Benito Artigas Arpón, radical-socialista integrado en la Unión Republicana de Diego Martínez Barrio (1934) y diputado del Frente Popular por Soria. Un relato al que dio forma tiempo después con evidente intención justificativa y sin una pizca de autocrítica. Los otros protagonistas fueron César Alvajar, gobernador civil desde hacía escasos días, y el comandante de la Guardia Civil, teniente coronel Gregorio Muga. Pero en esta historia hay un cuarto y principal actor que está presente en el ánimo de todos los demás y que no aparece hasta el final: la columna navarra del general Mola (C. Romero).

Esa amenazadora columna, su anunciada llegada, es la que explica el errático comportamiento de unos y otros, sus dudas e indecisiones. Todos ellos actúan con la vista puesta en la carretera de Logroño, por donde había de llegar aquella. Porque las fidelidades políticas quedaban relegadas cuando la gente se estaba jugando la vida y cualquier paso en falso —a falta de noticias de lo que sucedía fuera y de las posibilidades de éxito de la rebelión en el conjunto nacional— podía ser fatal. Se entiende así que Muga, que se proclamaba republicano de familia y convicción, depusiera y detuviera al gobernador en la madrugada del día 19 de julio (domingo) para reponerlo en el cargo solo unas horas después cuando comprobó que la columna no llegaba y después de alcanzar un acuerdo de “protección mutua” con Alvajar. Y se entiende también que Artigas saliera raudo en dirección a Madrid y volviera poco después sin haber pasado de Medinaceli.

## Juan Antonio Gaya Tovar a Benito Artigas Arpón: “a mí me harán lo que harían contigo”

El día 20 (lunes) hubo nuevas conversaciones en el gobierno civil y las fuerzas del Frente Popular volvieron a reclamar la entrega de armas. En vano, claro está, pues Muga, al margen de sus convicciones –fueran estas las que fueran– no iba a entregar armas a los obreros con la columna navarra acercándose a Soria. Por consiguiente, las maniobras dilatorias continuaron y, en la medida en que se retuvieron las armas, se desvaneció la posibilidad de una incierta resistencia. Artigas, en cuyo proceder durante esos días se encuentran no pocas debilidades, renunció a asumir “la máxima autoridad, en representación del Frente Popular”, como le pedían los trabajadores en la Casa del Pueblo. Así lo explica en su libro exculpatorio (*De la tragedia de España*): “cuando un barco hace agua... a nadie se le puede ocurrir que se nombre un nuevo capitán. Y nadie, que no sea un insensato suicida puede aceptar el nombramiento. Y yo no soy un estúpido suicida”. Es entonces, en la noche del día 20, cuando, según parece, decidió marchar a Madrid “donde aún puedo ofrecer sacrificios fecundos a la República”.

Esto es lo que dijo a sus correligionarios. Y añadió: “A vosotros os molestarán; quizá os detengan, no creo que os ocurra nada más”. Juan Antonio Gaya Tovar pronunció entonces unas palabras premonitorias: “a mí me harán lo que harían contigo”. Al día siguiente (21 de julio) partía Artigas de Soria. El gobernador civil abandonaba también Soria en el coche con escolta que dispuso para él Muga, en cumplimiento tal vez del pacto mencionado. Inopinadamente, los destinos de ambos se cruzaron en tierras de Medinaceli, con un resultado trágico –la muerte de los dos escoltas del gobernador en un enfrentamiento con ferroviarios procedentes de Arcos de Jalón, que tuvieron asimismo varias bajas–, pero esa ya es otra historia.

## Los “enemigos políticos que fusilaron a tu padre”

Tras la defección de las autoridades republicanas civiles, Soria quedaba en manos del teniente coronel Gregorio Muga, quien, como se ha comentado, había hecho todo lo posible para desactivar la resistencia popular. Al día siguiente, el 22 de julio, entraba en Soria, sin ninguna resistencia, la columna navarra del coronel García Escámez en la que venían los requetés que asaltaron el domicilio de Juan Antonio Gaya Tovar. La historia de la detención del doctor Gaya, su encarcelamiento y asesinato, es una historia de delaciones, cobardía y miseria moral. Un “patriota” que delata al doctor, algunos requetés que irrumpen en la casa familiar destrozándola y humillando a sus moradores, la esposa de Gaya en el balcón “pidiendo auxilio” y la gente en la calle “asistiendo impotente” al espectáculo. Del cuartel de la Guardia Civil –donde, según Muga, había sido retenido por “su seguridad personal”– pasó el preso Gaya al cuartel de Santa Clara y a la cárcel provincial. De poco sirvieron los esfuerzos de la familia y del propio Gaya para demostrar su inocencia, y en la madrugada del 16 al 17 de agosto tuvo lugar el asesinato y la consumación de aquella vileza. Por si fuera poco, la ignominia se completó con el embargo de sus bienes y una multa de siete mil pesetas.

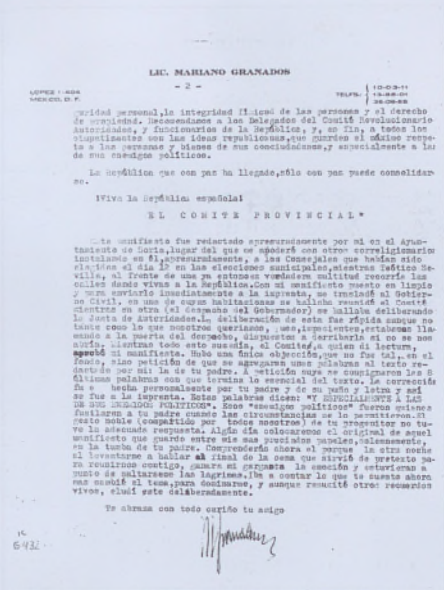
Muchos años después, cuando Gaya Nuño se encontraba dando clases como profesor invitado en la Universidad de Puerto Rico, le escribía Mariano Granados, exiliado en México, evocando la intervención de su padre en el Manifiesto lanzado el 14 de abril por el Comité Provisional de la República, del que Juan Antonio Gaya Tovar formaba parte. Según Mariano Granados, donde el Manifiesto por él redactado rezaba: “Recomendamos a los Delegados del Comité Revolucionario, Autoridades, y funcionarios de la República, y, en fin, a todos los simpatizantes con las ideas republicanas, que guarden el máximo respeto a las personas y bienes de sus conciudadanos”; Gaya Tovar añadió, “de su puño y letra y así se fue a la imprenta”, solo ocho palabras más: “y especialmente a las de sus enemigos políticos”.

Esos enemigos políticos, afirma grave y enfático Mariano Granados, “fueron quienes fusilaron a tu padre cuando las circunstancias se lo permitieron”.

## El Batallón Numancia

La noticia tuvo que ser un golpe terrible para el hijo ausente en Madrid, quien a las pocas semanas se alistaba en el Batallón Numancia, creado por Benito Artigas Arpón con 600 voluntarios sorianos —los que se consiguieron— y 200 riojanos —pues se requirían 750 hombres para formar la correspondiente unidad— y la tan ilusa como utópica pretensión de “liberar a Soria de los fascistas”. Solicitado el “concurso económico” de los sorianos de Madrid, Epifanio Ridruejo, “republicano moderado” y director del Banco Español de Crédito, aportó 2000 pesetas, mientras que el vizconde de Eza, que había sido detenido días antes y liberado gracias a sus relaciones con algunos “calificados socialistas”, urgido por las circunstancias y deseoso de congraciarse con sus captores, entregó nada menos que 100.000 pesetas. Gaya Nuño fue destinado inicialmente a la fábrica de harinas y electricidad de Alcorlo con el grupo del que formaba parte: el llamado “grupo cascorro”, integrado por intelectuales a quienes, según Artigas, repugnaban “la intriguélas políticas”.

Poco es lo que conocemos sobre el desenvolvimiento en el frente del Batallón Numancia, al margen de lo narrado por el propio Artigas en su libro *De la tragedia de España* (fundamentalmente las intrigas políticas de los socialistas y comunistas que, según él, lo desistuyeron del cargo de comandante del batallón). Pero menos aún sabemos de la experiencia de Gaya en el frente de Guadalajara en los tres años de guerra en los que combatió. Una experiencia que debe hallarse condensada en una pequeña y amarilla libreta (“Memoria de guerra”) trabajosamente *garabateada* a lo largo de la contienda. La transcripción y el estudio en curso de tan valiosa información a buen seguro que desvelará aspectos desconocidos de la vida de Gaya y, acaso también, con carácter general, del día a día en las trincheras durante la Guerra Civil. Porque la vida, en efecto, continuaba, y Gaya Nuño aprovechó uno de sus permisos para contraer matrimonio civil —en julio de 1937— con Concha de Marco, de quien ya no se separaría nunca.



Manifiesto del “Comité Provincial Revolucionario”, 14 de abril de 1931. “Y especialmente a las de sus enemigos políticos”. (Centro Cultural Gaya Nuño)



Juan Antonio y Concha en Madrid durante la Guerra Civil. (Centro Cultural Gaya Nuño IFGN 42)



## “Los días del desprecio”

### “Mi final de la guerra”

La noche del 29 de marzo de 1939 llegaba Gaya Nuño a Madrid. En apenas dos días recorrió los cien kilómetros que separaban Brihuega de la capital de España y la República del Fascismo. Oficial del ejército republicano y combatiente durante los tres años en el frente de Guadalajara, Gaya Nuño –según escribe en “Mi final de la guerra”– disolvió su compañía el mismo día 28 cuando se tuvo noticia de la rendición de la República –por la acción de la “Junta traidora de Besteiro”–. Después de aconsejar a sus hombres que no volvieran a sus pueblos –“porque os cazarán inmediatamente”– y que fueran a Madrid, donde sería “más difícil encontrar a cada uno”, quemó los papeles comprometedores y se dirigió él mismo, caminando, a la capital.

Describe Gaya el espectáculo, del que fue protagonista y espectador, de la retirada hacia Madrid del IV Cuerpo de Ejército: “una masa humana imponente, una riada de combatientes vencidos” –“treinta mil hombres”– que, aun en su derrota, resultaban temibles: “una tremenda posibilidad de fuerza”, dice. Se entiende así que ninguno de los fascistas con los que se cruzaron se atreviera a “dar un viva ni un muera”; además de que “esperaban a nuestra desarticulación, que haría más efectiva la caza individual”.

### “En un camión de ganado”

El 6 de abril se entregó en el cuartel de la Guardia Civil de Maudes. Y entonces “comenzó su calvario”. Inmediatamente fue procesado y condenado, el 26 de junio del “año de la victoria”, a la pena de veinte años de “reclusión menor, como autor de un delito de auxilio a la rebelión con la circunstancia agravante de trascendencia de los actos ejecutados”. En esta “justicia al revés” que fue la de los rebeldes vencedores juzgando por rebelión a quienes permanecieron fieles a la legalidad republicana, Gaya Nuño sufrió toda la sevicia franquista, reservada al parecer a quienes tenían familiares ejecutados (C. Romero). Durante unos meses estuvo internado en los “campos de concentración” de Guzmán el Bueno y Santa Rita. La experiencia de su reclusión en Santa Rita –Carabanchel– debió de ser traumática –“horrorosa cárcel” dijo de ella Gaya Nuño– y mientras permaneció allí hubo de soportar no pocas “vilezas”.

En septiembre fue deportado a Valdenoceda, en el norte de la provincia de Burgos. Narra Gaya Nuño en su “Relato (lamentablemente) incompleto” y en el prólogo censurado a *Retazos de Torozos* el viaje en tren hasta Burgos, “en un vagón de ganado”. Recuerda su estremecimiento “al ver por el ventanuco por donde respiran las vacas, tapias de mal augurio y peor recuerdo, tapias (vallisoletanas) embadurnadas con letras negras que gritaban *IL DUCE*”. Desde Burgos continuaron camino en camión –“aburridos, hambrientos, desaseados”– hacia un destino incierto –alguien “aseguró que íbamos a trabajar, como peones, en un canal o un pantano”–, que resultó ser la prisión de Valdenoceda.



## “Festival en el colegio”

Sabemos, porque él mismo lo escribió y porque de ello han dejado constancia otros presos, que Gaya se revolvió contra el sistema carcelario y no participó en las actividades integradoras y *socializadoras* programadas por la dirección. Vehemente y pugnaz, se mostró implacable con esa *zona gris* de *colaboradores* o “dóciles reclusos”, a los que dedicó invectivas y todo el sarcasmo del que era capaz. Puede verse en uno de sus cuentos incluido en “Los gatos salvajes”, *Festival en el colegio*. No colegio, sino presidio, “en un lugar del que no puedo decir que no quiera recordar el nombre, porque, quiéralo o no, es imborrable, y lo único que debo hacer, a manera de venganza es no transcribirlo”.

Su condición de relato autobiográfico se demuestra por la inclusión del festejo en él narrado —un deprimente espectáculo celebrado el día 24 de septiembre de 1940 con motivo de la festividad de la Virgen de la Merced, “patrona y redentora de cautivos”— en el estudio sobre “El penal de Valdenoceda”. Gaya era especialmente mordaz con “el aguardentoso y catarral orfeón”, formado por “hombretones acostumbrados a cantar La Internacional”, “muchos de ellos abuelos”, que, en degradante espectáculo, “semejaban quedar investidos de trajecitos blancos de niña, con cintas azul celeste, medallitas y premios en francés, piano, caligrafía y bordados”.



Presos yaciendo en una de las naves de la prisión de Valdenoceda. Dibujo de José Robledano Torres. “Y fuimos introducidos (dice Gaya) en una enorme nave, como una gran cuadra, ocupada por hombres morenos, delgados y harapientos”.

## “Los trece de la fama”

Todo parece indicar que Gaya Nuño, que “protestaba siempre”, iba por libre y no aceptaba la disciplina de los grupos clandestinos más o menos organizados —socialistas, comunistas, anarquistas— que existían en la prisión. De ahí que fuera “desdeñado por los “intelectuales” del cautiverio, que lo consideraban un rebelde total”, y mirado con prevención por las autoridades de la prisión, que lo tenían catalogado como componente “de un grupo intelectual con cierta ascendencia entre los reclusos no alineados”. El episodio más sonado en el que participó Gaya de forma destacada tuvo lugar en la Semana Santa de 1941 y se resolvió, inesperadamente, en beneficio de nuestro autor. Con ocasión de los ejercicios espirituales a cargo de los jesuitas de la localidad cercana de Oña, una treintena de presos que asistían a la solemne misa celebrada en el patio de la prisión permanecieron de pie mientras tenía lugar la ceremonia de la consagración, en manifiesta actitud de rebeldía. Tamaña insumisión fue sancionada con el traslado a otros centros penitenciarios.

Trece de los presos insumisos (“los trece de la fama”), entre ellos Gaya Nuño, fueron deportados a la prisión de Las Palmas de Gran Canaria. Llegaron a Canarias después de un rocambolesco viaje de varios meses y, contra lo que cabía esperar —algunos pensaron que serían eliminados—, se encontraron unas condiciones —empezando por el clima, mucho más benigno— y un trato mucho mejores que los que dejaron en Valdenoceda. Al cabo de unos meses, en febrero de 1943, le fue concedida la libertad condicional vigilada; vigilancia que se mantuvo hasta 1954. Gaya Nuño se beneficiaba así, como otros muchos miles de penados, de un mecanismo de excarcelación que el régimen franquista puso en funcionamiento para evitar el colapso de su sistema penitenciario, absolutamente desbordado.

## Exilio interior

### “Tuve que empezar a ganarme la vida [...] en aquellos años espantosos”

Al salir de la cárcel en libertad condicional (1943) y no tomar “el camino del exilio”, Gaya Nuño tuvo que buscar el modo de ganarse la vida en un medio hostil y enfrentado a un régimen que no iba a darle ninguna oportunidad. De esta manera, a la intemperie en una España *imperial* de la que se adueñaron los vencedores, el prometedor doctor en Arte y estudioso del románico vio truncada una incipiente carrera profesional que, en condiciones de normalidad, previsiblemente le habría llevado a la cátedra universitaria. Pero las cátedras universitarias constituían entonces un preciado botín que se repartieron ignaros personajes cuyo único mérito era haber hecho la guerra en el bando vencedor. (Es revelador que los escritos literarios de Gaya estén poblados de catedráticos ignorantes, desidiosos e inmorales).

A la rebatiña no estaban invitados los perdedores, depurados muchos de ellos y expulsados de sus puestos para que pudieran ser ocupados por los buenos, *auténticos*, españoles. En esas condiciones, Gaya Nuño tuvo que acudir a sus amigos de siempre, fundamentalmente a Blas Taracena, que le puso en contacto con José Gudiol. El historiador del arte y arquitecto catalán se convirtió en auténtico valedor de Gaya, a quien introdujo “en el mundo editorial y la crítica de arte.” Eran los años más difíciles, recién salido de la cárcel, sin expectativas profesionales, con un “sombrio horizonte profesional” y todas las puertas cerradas. José Gudiol Ricart, a través de Blas Taracena, le propuso trabajar en el archivo fotográfico de la Fundación Amatller, en 1943, trabajo que Gaya aceptó, y le dio la posibilidad de publicar en colecciones por él dirigidas («Guías artísticas de España», «Ars Hispaniae», etc.).



Madrid (Guías artísticas de España), Editorial Aries, 1944.



Arquitectura y escultura románicas, Vol. 5 de “Ars Hispaniae”, 1948.





Gaya Nuño en el despacho de su casa.  
(Centro Cultural Gaya Nuño, IFGN 755)

### **“Sí. Me ha costado mucho abrirme camino, habiendo debido trabajar duramente”**

En 1947 le ofreció la dirección de las Galerías Layetanas. “Tu misión sería la de organizar las exposiciones de arte moderno, dirigir la labor general de las Galerías y después bajo mano cuidar de los cuadros viejos que son los que dejan margen más gordos”. La oferta económica era jugosa. Por ello, adelantándose a los más que probables reparos éticos del soriano, Gudiol apelaba a su honestidad e inteligencia para prestigiar el mercado de arte acabando con los abusos de “chamarileros y coleccionistas”. En las Galerías Layetanas desarrolló Gaya un intenso y fructífero trabajo con el que contribuyó a divulgar la pintura catalana (Rogent, Capdevila, Tàpies, Cuixart...) y a difundir en Barcelona la “vanguardia madrileña” (Palencia, Cossío, Álvaro Delgado...). Sin embargo, la relación con Gudiol y su período en las Galerías Layetanas terminaron de forma abrupta e inamistosa en enero de 1952. El profundo desencuentro con aquel se originó en un pretendido cambio de estrategia comercial a favor de un “arte lánguido y vendible”, y en lo que Gaya presenta en su correspondencia, sin ambages, como una operación estrictamente mercantil: “me propone asesinar las Galerías, dejarlas languidecer, dejarlas morir, y aprovechar el espléndido local y el capital social para montar una empresa editorial”.



En las Galerías Layetanas junto a Modesto Cuixart, Masoliver y Tàpies, 1949. (Centro Cultural Gaya Nuño, IFGN 205)

A comienzos de 1952, el matrimonio Gaya regresaba a Madrid para instalarse definitivamente en la capital, en su casa de la calle Ibiza, 23. Aunque en ningún momento había dejado Gaya la crítica e historia del arte, a partir de entonces se dedicará a ellas de forma prácticamente exclusiva. En su vuelta al “encargo editorial”, convertido en casi única fuente de ingresos, sería decisiva “su gran laboriosidad y competencia”, así como el apoyo de sus amigos, en este caso de una figura del prestigio y la entidad de Camón Aznar (A. Pancorbo), bien instalado en la Universidad y en las estructuras culturales del régimen, con quien desarrolló una sincera y perdurable amistad, a pesar de las divergencias políticas. En los años cincuenta, cuando Gaya comenzaba a ser un crítico conocido y reconocido en el mundo del arte, el aragonés, además de cobijarlo en la *Revista de Ideas Estéticas* (CSIC) y la revista *Goya* (Fundación Lázaro Galdiano), le invitó a participar en los cursos de la UIMP (1953) y colaboró con él en la Asociación Española de Críticos de Arte, fundada en 1961, de la que Gaya fue vicepresidente, con Camón como presidente.

Un salvavidas para *náufragos* del régimen, como Gaya, fue *Insula*, en la que escribió abundantemente durante los años cincuenta hasta que, en 1959, canceló su colaboración al producirse un encontronazo con Julián Marías que desató su indignación, volcada en cartas de una dureza extrema y de *cruenta* mordacidad.

## Hizo de la virtud, necesidad

Con la excepción de su período en las Galerías Layetanas y al margen de su participación en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo —desde 1953— y como profesor invitado en la Universidad de San Juan de Puerto Rico (1962-1963), Gaya Nuño vivió exclusivamente de su trabajo de crítico e historiador del arte. Obligado a publicar para vivir, Gaya Nuño hizo de la necesidad virtud y publicó de manera infatigable, sobre infinidad de temas, sin límites cronológicos ni espaciales, convertido además en dinamizador y divulgador del arte contemporáneo. Con verdadera fruición —cuenta Concha de Marco lo mucho que Gaya disfrutaba con su trabajo—, saber enciclopédico y extraordinarias dotes literarias, dedicó su vida a una especie de nuevo *apostolado* —explícito en sus “libros misioneros”— a través del cual interesar a la gente en el arte —“catequizar”— y enseñar a la generalidad de las personas a disfrutar de la obra artística. Pues “el entendimiento del arte está al alcance de toda criatura de buen sentido” y “amplitud de visión”.

Su ingente *producción* de historia y crítica de arte está imbuida de este afán *democratizador* del arte —en los antípodas del elitismo orteguiano— y, como la literaria, llena de juicios y críticas tan rotundos como contundentes. No falta la ironía en ninguna de sus obras, teñidas muy a menudo de no escasos pesimismo y amargura. Así que más que hacer de la necesidad virtud, podría decirse que hizo de la virtud, necesidad. La virtud de su talento —que era mucho—, determinación, capacidad de trabajo, tesón, denuedo, dominio del lenguaje, amenidad, capacidad de síntesis, facilidad para la divulgación..., puesto todo ello al servicio de los fines antedichos.



Gaya Nuño pronunciando una conferencia en el Palacio de la Magdalena. (Centro Cultural Gaya Nuño, IFGN 1027)

## Represaliado político y “cautivo moral”

Habrà quien piense que alguien que llegó a publicar casi 700 trabajos difícilmente pudo ser marginado, y menos aún perseguido, por el régimen. Sin embargo, no es solo que fuera represaliado y estuviera preso cuatro años en varios campos de concentración y cárceles, en los que casi siempre recibió un trato vejatorio y cruel, permaneciendo en libertad condicional vigilada hasta 1954; es que el franquismo lo sometió a aquella forma tan perversa de persecución que consistía en hacer ciertas concesiones al disidente para a continuación, arbitrariamente y cuando este menos lo esperaba, prohibir su participación en un curso (en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en 1956) o vetarle la entrada en una institución (la Real Academia de Bellas Artes, en 1961). Eso por no hablar de la imposibilidad de acceder a la Universidad —lo que puede considerarse un claro veto político— y del cautiverio moral al que alude uno de sus personajes de los cuentos de posguerra (*Los gatos salvajes*) y que, aunque no precisamente en el mismo sentido, es aplicable al propio Gaya.

Lo que de Gaya molestaba al régimen era su existencia. Su sola presencia era el recordatorio de la existencia de los vencidos orgullosos de serlo, lo que en sí mismo constituía una recusación del relato de los vencedores. Siendo un personaje indiscutible, integérrimo, con un gran prestigio intelectual (desde los años 50), e irreductible, el régimen tuvo que tolerarlo, pero convenientemente aislado y después de haber trazado en derredor algunas líneas de seguridad infranqueables. De esta forma, sus actuaciones —y expansiones— quedaban limitadas a ámbitos reducidos —tertulias— y privados. Sin embargo, Gaya, con su “fortísima personalidad” modelada en las duras experiencias de la guerra y la cárcel, y un sentido de la justicia aprendido en casa y nunca abandonado, saltó aquellas líneas y se implicó en no pocas causas en las que estaban en juego precisamente la razón y la justicia.



Carta respuesta de Manuel Fraga Iribarne, Ministro de Información y Turismo, a Gaya Nuño sobre el Museo Numantino, 22 de enero de 1965. (Centro Cultural Gaya Nuño)

**“No soy amigo de la componenda, la duda ni la tercera solución”**

Siempre rebelde y combativo, denunció la destrucción de monumentos –incluidos por supuesto los sorianos, como la Iglesia de S. Clemente, demolida, “sin pretexto de ruina”, para “alzar en su lugar la central telefónica”–, exigió, cuando pocos lo hacían, que se trajese el *Guernica* a España, luchó, durante su estancia en Puerto Rico, por que se realizase el monumento en homenaje a los exiliados españoles (J. M. Martínez. Laseca) y, singularmente, denunció con toda la vehemencia y perseverancia de las que era capaz –y era capaz de mucho– la operación especulativa en torno al Museo Numantino que, según un tonante Gaya, planeaba el Ayuntamiento de la capital. Había este adquirido el Palacio de los Condes de Gómara “para sede municipal” y necesitaba dinero con el que pagar y habilitar la nueva sede. Para obtenerlo había pensado en “demoler el edificio de Manuel Aníbal Álvarez” y vender el solar a “alguna compañía inmobiliaria”, instalando el Museo en el “antedicho Palacio”.

Gaya acudió a la llamada de Apraiz, director del Museo, movilizó a la intelectualidad de la AECA, “sección española de la Association Internationale des Critiques d’Art”, y denunció la aberración en numerosos artículos de prensa. Pero no fue esta movilización la que evitó el desafuero, sino la intervención de Manuel Fraga, entonces Ministro de Información y Turismo, con quien mantenía una ya antigua relación y cierta amistad, y de quien había solicitado ayuda para impedir el atropello.

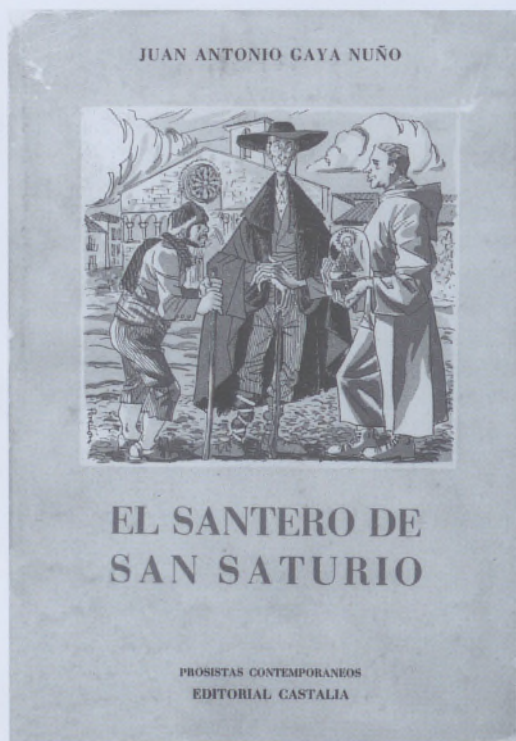


Artículo publicado en Pueblo, 8 de marzo de 1965. (Centro Cultural Gaya Nuño)

La desafección hacia el régimen y la negativa a jurar lealtad a los “Principios del Movimiento” le privaron de ocupar una cátedra universitaria, que en algún momento pudo gestionarse por iniciativa de Manuel Fraga y que, dado el peaje político exigido, Gaya no dudó en rechazar. Con su actitud, Gaya Nuño se enajenó el reconocimiento oficial, que solo le llegó tardamente, de forma cicatera y desde instancias de nivel inferior. Así, el insobornable Gaya Nuño, esa “especie de gigante jocundo”, ese “niño grande”, tierno, bondadoso, rebelde, apasionado, por momentos excesivo, íntegro, enemigo de las medias tintas y los paños calientes, radical con la mediocridad y la mezquindad, incapaz de soportar la “soberbia del engraido” fatuo y rastrero, “persona de limpia conducta cívica y pensamiento avanzado”..., nos deja un ejemplo impagable de coherencia, integridad y resistencia al poder. Ejemplo necesario en estos tiempos atribulados.

## El Santero de San Saturio

### Libro “estrafalario”



Portada de la primera edición de “El Santero de San Saturio” (1953).

El primero de sus “libros estrafalarios” –así calificados por el propio Gaya– apareció en 1953 como segundo volumen de la colección de prosistas españoles contemporáneos, dirigida por Antonio Rodríguez Moñino, en la editorial Castalia de Valencia. En la solapa del libro, el autor era presentado como “combatiente durante los tres años de la Guerra Civil”, una carta de presentación que algunos consideraron intolerable provocación. A través de 24 estampas que abarcan la entera vida local, el apócrifo santero –*alter ego* de Gaya– recorre, en un originalísimo “quincenario”, todos los rincones de la capital y aun de la provincia. Nada escapa a su incisiva mirada, ni a su descripción, que nada tiene de apológica. Por la obra desfilan mendigos, labriegos, indianos, prebostes, curas, poetas y daifas; se describen festividades, tradiciones, gentes y tipos de la tierra. Con una prosa desbordante, “barroca y moderna a la vez” (R. Conte), “sazonada y castellanísima, que nos encanta por su frescura y clásico sabor, sin rebuscados arcaísmos” (J. L. Cano), Gaya Nuño compone un libro tan inclasificable como atractivo. Un libro que, como su autor, se sitúa en la “gran línea rebelde, inconformista y progresista de las letras españolas de siempre, desde el Arcipreste a Lazarillo, de Quevedo a Goya o Solana” (R. Conte).

Pero *El Santero de San Saturio* es más de lo que parece y seguramente no es lo que parece. Reeditado en 1965 y 1986 por Austral, y este mismo año (2013) por el Ayuntamiento de Soria, sigue suscitando juicios encontrados, acaso porque pone a los sorianos ante su pasado reciente. Y, aunque parezca extraño, sigue deparando sorpresas. El ejemplar de la primera edición de 1953, depositado en el Centro Cultural Gaya Nuño, se supone por ello que propiedad del autor, en el capítulo XVIII (“Iglesias y curas”) incluye varias frases –una de ellas intercalada en el último párrafo y dos al final del mismo– que no se encuentran en ninguna otra edición, ni siquiera en el ejemplar, de la primera edición también, conservado en la Biblioteca Pública de Soria. Las frases son estas: “Y no había un solo cura”; “No había curas, no había ningún cura. Quizás estarían jugando al tresillo en otra parte”.

## Biografía de Gaya Nuño

*El Santero* no es el libro de Soria –una especie de “retrato”, “interpretación” o biografía de la ciudad “del Alto Duero”–, menos aún una aproximación localista a “la vida soriana”, como parece quiere cierta línea interpretativa, sino el libro de Gaya, su biografía. Porque es Gaya quien recrea en él su “Soria existencial”, la Soria de antes de la Guerra Civil –“libro de la memoria” lo llamó Dionisio Ridruejo–, esa pequeña Soria aparentemente despreocupada y feliz en la que, sin embargo, se incubaba el huevo de la serpiente. Lo dice el propio autor, como quien no quiere la cosa, al desgaire, en el primer capítulo del libro: “El Duero me ha despejado tanto el caletre como para poder escribir imparcialmente, rectamente, como para poder intentar un proceso judicial –y sentimental– de la ciudad, de la provincia y de sus moradores. Estamos a finales de octubre. Comienza el proceso de Soria y de los sorianos”.

En este “ajuste de cuentas con la ciudad y sus habitantes” Gaya Nuño se pone del lado “de los desgraciados”, cuyas historias son abordadas con ironía compasiva. Y así va transcurriendo el “quincenario”, envuelto en una suave atmósfera de tristeza –a la que contribuye la imprecisión temporal, lo que parece a veces ausencia de tiempo o tiempo mítico–, rota con frases –aquí y allá– que son como auténticas puñaladas que hienden el relato formalmente costumbrista. “Una sociedad que había de elegir entre dos opuestos caminos tan sólo veinticinco años más tarde; “Pero cuidado, que no nos arrastre la poesía. En esta ciudad a mis pies, en esta ciudad chiquita y blanca, también hay hombres malos. Por fortuna no se ven, pues aún es demasiado temprano”; “Todavía éramos sensibles y no había comenzado la gran matanza de españoles”.



“El Santero de San Saturio”, editado por Austral (1965).



## Soria contemplada "desde dentro y sin saber salir"

Dionisio Ridruejo, en un por lo demás soberbio artículo publicado en *Revista* en 1954 (*G. N. rompe un fanal*), reprochaba a Gaya Nuño precisamente eso: que hubiera "contemplado a Soria tan desde dentro —y sin saber salir—, tan desde su vivencia de provinciano que crispa algunas de sus páginas con rasgos de amargura, acritud, apasionamiento anecdóticos, demasiado percederos e irrelevantes para un libro tan hermoso y durable como éste". Amargura, acritud, apasionamiento anecdóticos. Y lo decía precisamente Ridruejo, el furibundo falangista que, en los años de la guerra e incluso después, pronunció discursos y escribió desmesurados artículos —demenciales en lo que tenían de trastorno de la razón—, llenos de acritud, apasionamiento —no se si anecdótico— y, a su manera, amargura. Es verdad que el Ridruejo de *Revista* ya no era el de *Arriba*, pero por eso mismo extraña que mostrase tan escasa sensibilidad con Gaya al calificar de percederos unos sentimientos que nacían de la profunda herida que le causó el asesinato de su padre, la guerra y los cuatro años de presidio.

Ironías del destino, Gaya y Ridruejo vivieron desde los años cincuenta en la calle Ibiza de Madrid (números 23 y 33 respectivamente), pero esa vecindad no parece que contribuyera al acercamiento personal. Más bien lo contrario. Su relación fue siempre fría y distante —esos "señoritos mediocres", autores del himno de Falange—, lo que no quita para que Gaya, que sobrevivió un año exacto a Ridruejo, asistiera a su entierro el 30 de junio de 1975.

Este "viaje interior hacia el propio pasado" que fue *El Santero* tuvo un "efecto catártico en el autor". No otra cosa pretendía con el libro. "Era un desahogo personal, un ansia de volver a Soria. Recién acabado el libro volví por primer a vez a Soria, después de la guerra. Si hubiese vuelto antes, quizá el libro no me hubiese resultado necesario". Una Soria "de la que me separaban acontecimientos muy graves que, con todo, no me restaron el afecto a una ciudad en la que viví toda mi niñez y toda mi juventud". En efecto, la ambivalencia en su relación con Soria (amor-odio) no le abandonó nunca y estuvo presente hasta el final de sus días.

CAMPO SORIANO - Martes 14 de julio de 1953

## CARTA ABIERTA

### A UN FALSO SANTERO

D. Juan Antonio Gaya Nuño nos ha «servido» un libro, «El Santero de San Saturio», en el que quiere reflejar la vida soriana y nos la presenta tan diferente de lo que es, que nosotros, nacidos en la Soria pura, no podemos menos que dudar contra su autor.

¿Dónde están las virtudes sorianas? ¿Dónde las bellas fiestas? El Sr. Gaya no las ha encontrado, seguramente, por no haberlas sabido o querido buscar.

Soria tiene grandes virtudes, reconocidas por cuantos hasta las puestas fieras han llegado, y que él quiere cambiarlas presentando como ejemplos los actos de los prostíbulos, desde decidió de encontrar el sedante para sus actividades «olíticas» y «guiteras».

Los sorianos sabemos ser austeros y patriotas. Cuando sentimos «maltrato» por alguna cosa lo declinamos con dignidad y gallardía, a ejemplo de los sumarios, y nunca se nos ocurre depositar la potestad que llevamos dentro en un libelo, que, si literariamente puede pasar, no ocurre así con las escenas reflejadas en él.

Hay que saber ser caballeros. Si se ocupan altos cargos y se reciben premios de, al que un día se combatió, lo menos, lo menos que se puede hacer es haber demostrado la educación recibida en Tardicamonte o en Almazán.

«El Santero de San Saturio», de la cruz a la fecha, es ominoso para Soria y su provincia, por lo que es de esperar que las Corporaciones sorianas soliciten sus retiros de las librerías; para Soria, sus hombres, costumbres y vida no son tan extralibros como el Sr. Gaya los describe.

Se debe saber perder y ganar, señor. Si un día tuvimos que aguantar las «Fuerzas», «Trabajo», «Iniciativa Republicana», etc. en la actualidad no tenemos por qué soportar tantas sociedades, y menos escritas por una persona que estuvo aliada en las brigadas internacionales y actualmente es mimado por organismos fundados por el Movimiento Nacional.

Somos sorianos amantes de San Saturio, más que el fingido santero. Por ello, con la modestia que nos es característica, protestamos de tal libro.

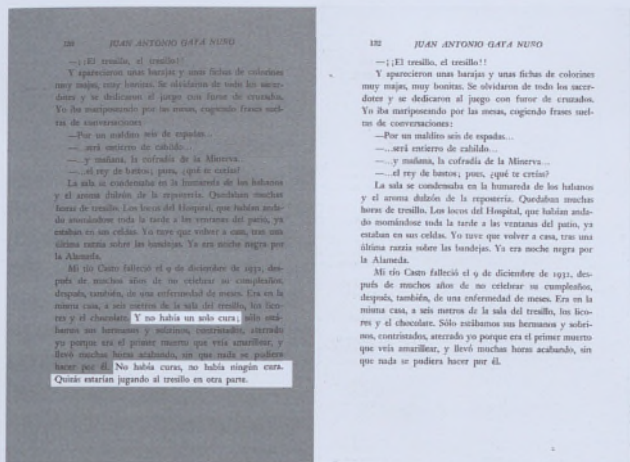
Escrito, al Sr. Gaya, de Soria, pero légallo como deben hacerlo las personas que aman a la tierra que les vio nacer. Es lo menos que se le puede pedir.

Francisco TERREL SANZ

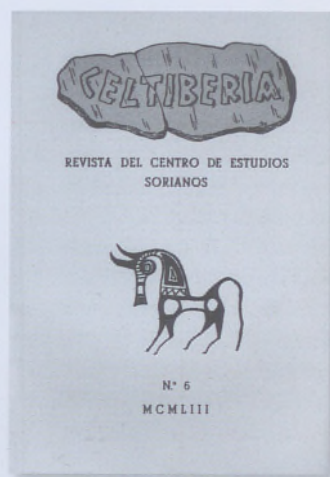
Artículo denigrativo publicado en Campo Soriano sobre el autor de "El Santero de San Saturio" (1953).

## La respuesta de la Soria oficial (franquista)

La recepción de *El Santero de San Saturio* por la Soria oficial —¿existía otra?— no dejaba lugar a dudas. Gaya Nuño, en carta a Artigas Arpón, mostraba su pesar por que, según él, "no (habían) comprendido (su) obra. Y no me extraña (decía). Soria está hoy dominada por sacristanes. Han recibido como un insulto mi «Santero de San Saturio» cuando creo que es todo lo contrario. La verdad es que aún se sienten ofendidos y avergonzados de que uno exista" (C. Romero). Así era, en efecto, lo que demostraría que la habían entendido perfectamente y por eso reaccionaron como lo hicieron. Los voceros del régimen y de la Iglesia —lo que venía a ser lo mismo— dedicaron a Gaya todos los denuestos y dicerios que se pueda imaginar. Le recordaron su condición de combatiente y derrotado en la Guerra Civil, de mal soriano, y le acusaron de "depositar toda la ponzoña" que llevaba dentro en un "libelo" (Francisco Terrel, que a menudo firmaba con el seudónimo de Benedicto Soria) en el que la imagen de Soria se reducía a un desfile de personajes de mal vivir, como si no hubiera en la ciudad "figuras de mayor elevación que las lisiadas, enclenques o abominables que nos han querido presentar" (Celestino Monge).



Página 132 de *El Santero*.  
Ejemplares de la primera edición  
conservados en el Centro Cultural  
Gaya Nuño y en la Biblioteca  
Pública de Soria.

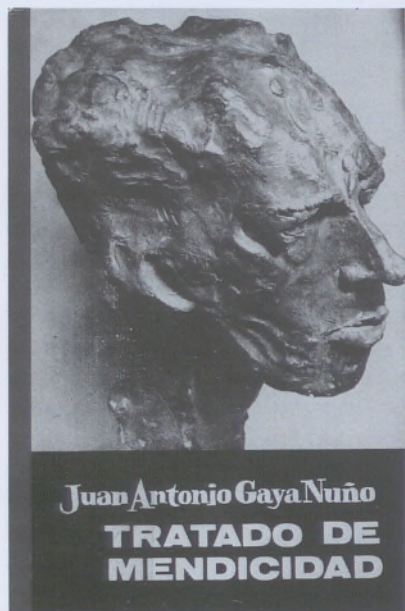


## El silencio de la cultura local

Fueron los “Benedictos”, “Celestinos”, “Saturninos”, quienes orquestaron una campaña para denigrar al autor e impedir la difusión de la obra. El clero acudió incluso a las librerías para retirar o al menos ocultar el libro. Por cierto que el Obispo de la diócesis, Saturnino Rubio Montiel, protagonizó un episodio por el que, aunque no hubiera contraído algún otro *mérito* que le aseguraba la permanencia en el recuerdo de los sorianos —durante su episcopado se llevó a cabo la venta de la iglesia de San Clemente—, le habría bastado para pasar a la historia. Tocaba a su fin la “procesión eucarística con motivo de los actos conmemorativos del VII Centenario de la muerte de Santa Clara” cuando, “aupado sobre el monumental altar que había sido levantado en la calle Marqués de Vadillo”, y en presencia de las más altas autoridades civiles y militares, pronunciaba estas palabras inolvidables: “Unas palabras finales, mis queridos y amados hijos: No quiero molestar a nadie, pero me vais a permitir que recuerde un libro recientemente escrito. Su autor se dice soriano. Pero yo me atrevería a discutir esta ciudadanía. Para mí es muy discutible la filiación de un hombre que quiere honrarse a sí mismo deshonorando a su madre”.

Frente al griterío del poder político y de la Iglesia, el silencio de la cultura local. En carta de 23 de septiembre de 1953 con membrete de *Celtiberia* (Centro de Estudios Sorianos), los firmantes escribían: “Hace muchos días que deseamos ponerte unas letras dándote una explicación —que mereces— de por qué no se ha publicado en *Celtiberia* una nota sobre tu libro. Es verdad que suponíamos que la obra originaría en tu pueblo cierta marejadilla. Lo que no podíamos sospechar es que la cosa se desorbitara, como ha ocurrido. En estas circunstancias y en bien de todos, lo único posible y discreto es un elocuente silencio. La ciudad conoce sobradamente lo que significa que no hagamos coro a tantas voces... Sentimos no poder hacer más.” La respuesta de Gaya, como era de esperar, fue darse de baja de la revista *Celtiberia*. Muerto Gaya Nuño en 1976, dicha revista publicaba un *In Memoriam* en el que, bajo el título “Unos recuerdos”, se aludía a los hechos sucedidos en 1953 con motivo de la aparición de *El Santero* y a la “guerra de la Soria oficial” declarada al libro en cuestión. Se aludía también a una supuesta “crónica” —“sincera, elogiosa y justa”— que *Celtiberia* quiso y no pudo —porque se le prohibió— publicar.





"Tratado de mendicidad", Taurus, 1962.  
Fotografía de la portada: cabeza de Gaya Nuño,  
Pablo Serrano.

**Tratado de mendicidad:**  
o sea teatro apologético y demostración verdadera de la vida, partes y diferencias de muchos mendigos destos reinos y otros de la Europa, con inteligencia de sus modales, discursos, trabajos y demás accidentes, en los que se contiene no poca doctrina útil para discretos y los mejores exemplos de limosnear.

### "Un nuevo libro estrafalario"

El *Tratado de mendicidad* es un libro excepcional, en todos los sentidos de la palabra, empezando por el propio título. Segundo de los libros "estrafalarios" de Gaya, fue publicado nueve años después del primero (*El Santero de San Saturio*). "Les llamo estrafalarios por prestarse difícilmente a clasificación dentro de los géneros literarios normales, pues que no son filosofía, ni historia, ni ensayo, ni novela, ni cuento, sino una zarabanda de prosas aglutinadas por el dictado común del título". Estrafalarios también por "los temas que tratan, los de gentes más que modestas", que raramente encuentran acomodo en "nuestra literatura actual". Le habría gustado a Gaya en ese momento escribir alguna novela, pero, siendo este "el máximo genero literario de creación", y no estando "absolutamente seguro de lograrlas magistrales", se conformaba con un "nuevo libro estrafalario".

Autor de numerosos textos "dedicados a estética, crítica e historia del arte", Gaya Nuño estaba convencido de que dichos libros "no cuentan como producción de un escritor". Por más que estuvieran excelentemente escritos—los suyos lo están—y "aunque (el esforzado autor) haya tenido siempre como meta una intención de rasgear todo lo mejor que pudiera sus frases y sus ideas". Tan seguro estaba de ello que no dudaba en afirmar: "mis mejores páginas, con todo y tener cariño de padre a mi *Santero*, no se encuentran en él, sino en publicaciones de otro norte que quizá hayan visto la décima parte de los lectores de aquel mi primer libro estrafalario". No abandonó Gaya su deseo de escribir una novela y poco tardó en escribirla magistral: *Historia del cautivo*. Pero de momento el que había escrito era su libro más estrafalario ("en lo que toca a estrafalariez, me temo que da ciento y raya al santero") y a explicar "la génesis y las razones íntimas" del mismo dedicaba una extensa introducción que no es sino justificación, consciente Gaya de moverse en un "terreno fronterizo" como escritor de libros "inclasificables" (C. Baranda) que, por su propia índole y la manera de abordarse los temas, podían incomodar o causar abierto rechazo a las mentes biempensantes portadoras de todas las ortodoxias.





"Tratado de mendicidad": dibujo de Álvaro Delgado.

### "Y no faltarán almas que de ello se escandalicen"

¿Por qué tenía su autor que justificar el *Tratado de mendicidad*? Bien sabía Gaya Nuño que no todo el mundo iba a entender esta obra –su autoría– y se adelantó a las reacciones que pudieran producirse: "Y no faltarán almas que de ello se escandalicen, acusándome de durísimo corazón por sacar a plaza literaria las gentes más infortunadas y llenas de desgracia de nuestro pueblo, lucrándome con ello y regodeándome con el infortunio ajeno". No hay tal, sostiene Gaya. Solo había querido prestarles atención –como había hecho desde la infancia–, ocuparse de sus vidas, costumbres y "contexturas mentales" y otorgarles, convertidos en protagonistas de su obra, "consideración literaria".

Este acercamiento a la mendicidad –que no mendiguez– iba "muy bien arropado de simpatía, de calor humano y amigo, de consejos, de solidaridad y de mucho más rango que hasta la ocasión presente les fuera atribuido". E iba sobrado también de "ternura" y optimismo "para que la miseria no se hiciera punzante, para que el respeto a los menesterosos no se perdiera, para que el perfil humano de los protagonistas resaltase en sus más sanos y saludables relieves". Había buscado Gaya "el lado pintoresco del mendigo sin herir su dignidad" y había atacado conscientemente "a la parte contraria, la de la fortaleza económica". Pues "vale un pobre lo que cien ricos, y puede ser que me quede corto". Así que Gaya no elude la dialéctica ricos/pobres y tiene muy claro cuál es su lugar en ella. Casi "colega por inclinación y mentalidad" –"mis amigos los mendigos"–, anhelaba Gaya la libertad de la vida del mendigo, su holgar, y decía que no pocas veces había estado tentado de abandonarlo todo y dedicarse a "pensar, a no escribir ni decir palabra y ver salir el sol por levante y esconderse por poniente".

De poco sirvieron estas explicaciones, puesto que no consiguió Gaya alejar las dudas y reticencias que el tema suscitaba. Se le pudo acusar de falta de compromiso (político) y de no impugnar un sistema que engendraba semejante lacra social. Incluso de una cierta frivolidad o descuido en el tratamiento del tema. "La acusación tendría fundamento si Gaya Nuño hubiera pretendido hacer un estudio sociológico, un tratado en serio sobre las causas de la mendicidad" (C. Baranda), lo que evidentemente estaba muy lejos de su intención. "Especie de enciclopedia de talentos pedigüños y limosneros", el *Tratado de mendicidad* no era sino "una apología irónica de la heterodoxia social" (R. Conte), un *juego* irónico y sarcástico, un experimento literario "bienintencionado" y amable. Como escribió José Tudela, Gaya era el "antifariseo, el hipócrita al revés" que "disimula con la literatura, con su estrafalario «Tratado de mendicidad» su auténtico interés –interés que es amor– por estos desgraciados" (los mendigos). Puede que sea así y que no haya mucho más que decir, puesto que no sería lícito censurar a Gaya por no haber escrito un libro distinto. O puede que lo que no sea lícito es impugnar cualquier crítica que no se atenga a los términos fijados por el autor (F. Grande).

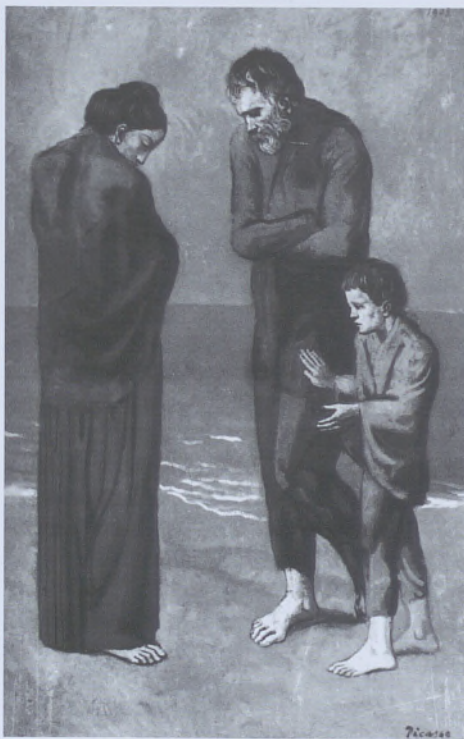
## “Lo feo no es (la mendicidad) sino su causa”

Aun sin ser un estudio sociológico, el reproche tiene enjundia, y no basta, para neutralizarlo, con decir que el *Tratado* adopta “una perspectiva idealista” (C. Baranda), que por cierto es excepcional en su obra literaria. Porque esa es precisamente la cuestión. Presentar la mendicidad como una opción de vida –“honrado y noble oficio”– y al mendigo como alguien que desea serlo –un profesional–, no puede hacerse sino desde esa perspectiva idealista –desentendida de la realidad– y desde un sentido del humor –compasivo y “bienintencionado”, cierto es– que elude la problemática social a ella asociada. Como un empeño literario que entronca con la picaresca hispánica, una “diablura” que le había divertido escribir y con la que esperaba divertir al lector. El interés que Gaya mostró siempre –mis “tempranas preocupaciones sociológicas”– por el mundo de los mendigos, el afecto hacia estos personajes desgraciados y la “muchísima confesión y sustancia autobiográfica” de las que está hecha la obra, podrían acaso explicar esta aproximación idealista.

Con todo, abundan en el relato reflexiones que constituyen el contrapunto de la visión “idealista” y sitúan al autor frente a esa “lacra social”: lo feo no es la mendicidad “sino su causa” (el problema es que al defender la “actitud vocacional” del mendigo desaparece la necesidad de la causa); “Si la mendicidad –ahora hablando muy en serio–, es, efectivamente una lacra social, los menos culpables son los gobiernos que la toleran. Los culpables, los delincuentes, los viles intérpretes de la limosna no como bien, sino como adquisición de tranquilidad, de impunidad y de conciencia limpia, somos los miserables que la damos”; “La gente que no mendiga se pasa la vida mendigando (gajes, destinos, dietas, anticipos, favores, recomendaciones...)”.

## Contextura paradójica del *Tratado de mendicidad*

En la línea de lo hasta aquí argumentado, cabe decir que, concebido por persona con una evidente conciencia social y política, el *Tratado de mendicidad* tiene algo de imposible, de obra aparentemente fallida, lo que sume al lector en una cierta perplejidad. Es un libro paradójico en el que para defender la dignidad del mendigo se enaltece la mendicidad –“libro enaltecedor de la mendicidad”–, entendida como un oficio y una opción personal. Esa es a nuestro modo de ver la falla principal del discurso: la vindicación del mendigo se convierte de manera inmediata e imperceptible en la de la mendicidad.



“Mendigos a orillas del mar”. Picasso pintó “de azul el hombre, la extenuación y la ceguera de los más de debajo de todos”.

Y si presentar un libro con astrosos pordioseros como protagonistas podía resultar provocativo, una subversión de los valores de la vida burguesa, al final el resultado es extrañamente inquietante y desalentador: el sistema crea unos seres resignados, pasivos, sumisos, mansos, etc., con un universo mental que les incapacita para cualquier rebeldía contra el causante de su desgracia. Puesto que si el resentimiento que pudiera anidar en el mendigo tuviera “alguna exteriorización violenta, no cuidéis que esgrima ésta contra neutrales, sino que la dirija a la cabeza de otros sus semejantes, de otros mendigos”. Resignación y mansedumbre que, sin embargo, en otra manifestación de la contextura paradójica de la obra, Gaya se empeña en romper: “si de mi dependiera el consejo, éste fuera el dado a los mendigos: roba antes de que te nieguen una limosna, y golpea antes de que fueres tú el golpeado, y gana la santidad en el otro mundo, pero no en éste, que es teatro y liza de pillos y malhechores”.

Por lo demás, hay muy buena literatura en el *Tratado*. Su preocupación –casi obsesión– “por el buen escribir” dio aquí otro fruto espléndido. Abundan en él las descripciones vivísimas que nacen de su experiencia con los mendigos, especialmente los de su infancia y juventud. Son escenas llenas de frescura e ironía, a veces con perfiles muy marcados y trazos expresionistas que recrean la tragedia. Ironía y sarcasmo. Y es que Gaya Nuño, como apuntó Tudela, “es en literatura un grabador”. “Su pluma, como el ácido y el afilado punzón, «muerte» la plancha de cobre de lo real y de lo imaginado, acusando los contrastes y, entonces, sus dibujos brotan luminosos sobre su fondo sombrío”. Una pluma que da también para la ternura y la compasión. En fin, la riqueza de vocablos, la expresividad del lenguaje, el “fuerte ritmo sonoro, cadencioso” de su prosa, convierten la lectura del *Tratado de mendicidad* en un auténtico deleite.



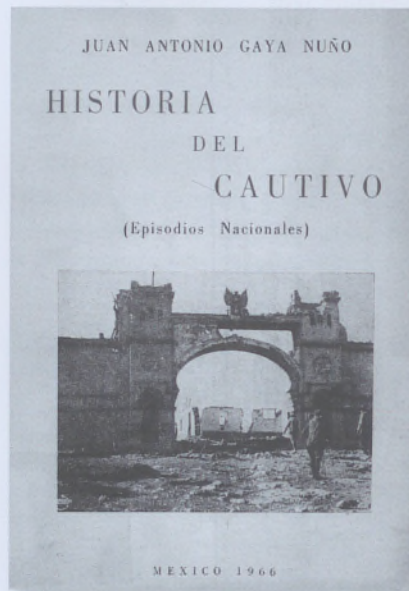
“Tratado de mendicidad”:  
dibujos de Álvaro Delgado.

## “Historia del cautivo (Episodios nacionales)”

### “Episodio Nacional”

“Episodio nacional”, así es como denominó Gaya Nuño a la que posiblemente sea su mejor obra, al menos la más “ambiciosa” y “lograda”. Se trata de una novela histórica escrita en 1962 y publicada en 1966, en Méjico –en edición “casi anónima”, sin “sello editorial”–, por problemas con la censura franquista. El título, que une a Cervantes y Galdós, sugiere la voluntad de situar la *Historia del cautivo* en una determinada tradición de las letras españolas. Quiso Gaya Nuño “resucitar” con ella el género galdosiano, cuya vigencia defendía. Dicho género convenía al propósito de su autor, que no era otro que narrar unos hechos desgraciados –el desastre de Annual, el cautiverio de los prisioneros españoles, su liberación y la petición de responsabilidades–, “ni muy pasados ni muy contemporáneos, pero de tanta trascendencia para la historia de España cual no es para dicho”.

Siguiendo el modelo galdosiano, Gaya Nuño creó un personaje de ficción, Clemente Garrido Mallén –inspirado al parecer en un cautivo real de El Burgo de Osma, Julián Vidal–, que, como hiciera Galdós con su Gabriel Araceli, situó en el centro de los acontecimientos históricos, en los que incrustó la “acción novelesca”, pero “encogida”, y “siempre inferior a los mismos”. La “trama novelesca” quedaba así muy reducida y no pasaba de “adyacencia” y acompañamiento “para que el contenido sea algo más que historia y crónica”. Como al maestro Galdós, interesaba a Gaya Nuño la reconstrucción fiel de los hechos históricos, y a ese fin estorbaba “el exceso de acción privada correlativo y paralelo con la pública”, razón por la cual “he constreñido y limitado en buena proporción lo que debiera haber de fantasía”.



“Historia del cautivo”, publicada en México en 1966 por Miguel Ranz.

En nada perjudicaba al “episodio nacional” que los hechos narrados no hubieran sido vividos por el autor, puesto que “es precisamente lo no visto, sino oído («do que supo»), lo que produjo los mejores volúmenes galdosianos”. Constatación que aparenta ser una defensa de la historia frente a las deformaciones de la memoria. Además de que “por mucho que se haya vivido la historia –y yo, como todo hombre de 1936, la he vivido con intensidad– hurga siempre en la actualidad próxima aquella otra pasada, que nunca lo es tanto cual para no ser prólogo de la del día”. Así es que al final está siempre la historia, que se resiste a pasar, cuyo conocimiento exige un riguroso ejercicio de documentación y de trabajo con las fuentes históricas. Es lo que hizo Gaya para escribir la *Historia del cautivo*.



Matanza de españoles por las tropas de Abd-el-Krim. Fotografía tomada de M. Leguineche ("Annual 1921"). "Los sitiadores de Monte Arruit, sin respetar el acuerdo, entran en la Alcazaba... y comienzan a asesinar a toda la guarnición inermes". (Historia del cautivo)

### "Una de las mejores novelas españolas sobre la guerra de Marruecos"

El resultado es, en opinión cada vez más extendida a medida que se conoce una obra que hasta hace poco fue casi *clandestina*, "una de las mejores novelas españolas sobre la guerra de Marruecos, al mismo nivel —o hasta por encima— de las creaciones de Sender, Díaz Fernández o Barea sobre el mismo tema" (R. Conte). Tema capital, por cierto, en el que Gaya Nuño veía el origen de lo que vendría después, hasta el punto de reputar aquella —la guerra de Marruecos— como antecedente de la Guerra Civil. "Que de 1921 arranque toda la posterior historia contemporánea de España es cosa que jamás he dudado", vino a decir Gaya, anticipando una interpretación que la historiografía actual —la más seria y solvente— no ha hecho sino confirmar en lo fundamental. Y remachó el aserto en la última frase del libro: "Madrid, 14 de julio de 1962. A los cuarenta y un años de comenzar el asedio de Igueriben, momento en el que se inauguró la historia más efectiva de la España contemporánea".

El interés —y la fascinación— de Gaya por el tema son antiguos, tanto como los mismos hechos. Tenía, cuando estos ocurrieron, apenas ocho años y el "episodio, bien nacional", se quedó grabado en la mente del niño. Su interés por todo lo que rodeó a aquellos sucesos luctuosos creció con los años y en sus obras menudean las referencias a la guerra de África: en *El Santero* un ciego recita un romance alusivo a los soldados de Monte Arruit y a Ab-el-Krim; en *El Tratado de Mendicidad* aparece un "soldado licenciado de África" que cuenta cómo allí todo el mundo robaba, principalmente jefes, oficiales y sargentos. "Y hasta los soldados. Se roba la intemerata".

Según parece, la idea de escribir una novela sobre aquel "desdichado trance" le rondaba desde hacía tiempo, convencido, como ya se ha dicho, de la trascendencia histórica de aquellos acontecimientos africanos, y convencido también de la potencialidad narrativa de "un momento tan singularmente copioso de hechos y aventuras, de guerra caliente y de retaguardia fría". Finalmente la idea cuajó y se materializó en *Historia del cautivo*. Lamentablemente, la censura y las dificultades para encontrar editor, así como la enormidad de la tarea, hicieron que Gaya renunciara a continuar la serie que se sugiere en el prólogo: "Es un episodio que ha pugnado por nacer y ha nacido, sin más hermanos ni otra descendencia previsible. Aquí se abre y aquí se clausura, por ahora, la serie de mis episodios". ¿Alguien se imagina lo que podría haber sido otro episodio nacional, vivido este en primera persona, sobre la Guerra Civil por ejemplo?

**EL AVISADOR NUMANTINO**  
 Periódico de intereses generales y noticias. 1111

ra Algeciras la Rel-  
 Hicieron durante  
 superado ra velate  
 lo más del año pa-  
 lidrid el sabio aie-  
 desarrollado entre  
 sus cerebro-espinal  
 algunos ministros  
 Gobierno del proble-  
 so daba por difinit-  
 el problema milit-  
 quietado la reunión  
 mos en Sagunto.  
 barco del problema  
 ción del Sr. Silveira  
 Ayuntamiento ma-  
 rítimo y seguirá su  
 solitario definitiva-

El Correspondiente.

**Isy villas**

JANO  
 esto, el martes pas-  
 pueblo solemnemente  
 nuestro deseara de  
 de hermanos nues-  
 dieron su vida en  
 en días luctuosos.  
 suyas con su digna  
 cimiento a su iglesia a  
 veas a las que, lle-  
 latessa, dirige al ci-  
 dor las almas de  
 afortunada compa-  
 más vil y renegada  
 a nuestra Historia,  
 de pueblo la pérdida  
 a las víctimas de  
 arroqui, y así como  
 por ella, riendiend  
 auto de simpatía ha  
 o joven, se el acto  
 conmemorativa es  
 su nombre.  
 des por la emoción  
 llanto, que no pudo  
 pronunciar su  
 en sendísima y  
 llejó el dolor y susar  
 sus más como padre  
 sido joven, embar-  
 so en sí mismo.  
 a la ciudad de  
 a infanzonamiento his-  
 as la profunda mili-  
 espíritu, que cuan-  
 nos hicimos partici-  
 vevo, a su estimada

**Héroes anónimos**  
**Un cautivo soriano**

Entre el correo que diariamente recibimos, nos encontramos antesayer con una carta de nuestro buen amigo Sr. Ruiz, de Burgo de Osma, en la cual nos informaba haber realizado un pequeño viaje con el héroe cabo del Regimiento de San Fernando n.º 80, Julián Vidal, natural de la ciudad villa del Burgo, donde él: actualmente, uno de los ex-cautivos de Abd-el-Krim, bajo cuyo dominio permaneció diez y ocho meses.  
 Más tarde encontramos, en el mismo correo, una carta del interesado, que no podemos resistir al deseo de publicar.  
 Es, sin duda alguna, breve síntesis de las infinitas amarguras que nuestro querido pasano y miles más de compañeros nuestros han sufrido en África con motivo del vergajoso desastre de 1921 y del olvido, abandono, a como quiera llamarse, en que los gobernantes y así la opinión pública deja a muchos héroes anónimos que en el campo de batalla han sabido distinguirse en la defensa del honor de España.  
 Dejamos, por hoy, la palabra al héroe que paise y bravo militar, sin perjuicio de ampliar los datos que poseemos y complementarlos oportuna y cumplidamente.  
 Dice así:  
 «Sr. Dr. de El AVISADOR NUMANTINO.  
 Muy señor mío: La saludo afectuosamente y le participo, por si merece que de ello se ocupe su digno periódico, mi próxima llegada a la villa natal, Burgo de Osma, donde procuraré recobrar la salud perdida a causa de los malos tratos recibidos durante el penoso cautiverio que he sufrido en poder de Abd-el-Krim y de sus salvajes huestes.  
 Abandono de la amabilidad de usted, me permitirá informarle de cuanto ha ocurrido en esta cuestión de los prisioneros, pues no todo lo que ha publicado la prensa se ajusta a la verdad.  
 Algunos sergentes cautivos, a los que tanto se les pondera, no han tenido la

justicia de facilitar datos de los prisioneros que realizaron actos de brime abnegación y que pagaron vida heroica de dignos de los grandes honores.  
 No se recuerda a los indolentes y únicamente sus padres la muerte del ser querido que pensó la aureola que acompañó a los que no precisas que no superaran las fatigas que ahora reciben honores instantáneos.  
 Portáronse como cristianos y más de un año y en esta vida perecieron; cuidaron a los enfermos y a los indefensos de sociedades y de velaron noches y noches con nosotros desvalidos.  
 Hubo soldados prisioneros que prestaron a llevar a nuestra prisión hasta la tienda del sergentes, para ser reconocidos, a la pañeta que parecían desvariar, miseria y por el hambre; ni por ferros, ni para los enfermos que a Vassilo no le fallaba.  
 Cuatro soldados que cuando enfermo en el relevo de Terreros muertos crasamente por los rifles.  
 ¿Por qué no evocar los gloriosos legiones y verdaderos héroes anónimos, más humanitarios, más cívicos y más patriotas que otros a quienes se encumbra?  
 Le comunicaré en otra carta, Sr. lector, cómo yo fui maltratado en dos ocasiones distintas, por los que obedecieron el mandato por quien debiera avergüenzarse por tan inhumanas órdenes.  
 Le encarezco la publicación de estas notas y muy reconocido, es de paiseño y afectísimo S. S.  
 JULIÁN VIDAL  
 Burgo de Osma 1.º de Marzo de 1923

La fiesta de los estudiantes

**Clemente Garrido Mallén**

El protagonista de la novela es Clemente Garrido Mallén, mozo soriano de la comarca de Almazán que fue llamado a filas y destinado a Marruecos precisamente en 1921. Este personaje de ficción —el cautivo—, con otros que le acompañan —Santos, Delfín y Contreras—, son los que protagonizan el relato, en cuanto autores de la muerte del general Silvestre. Injertos en el fragor de los hechos históricos, se les concede incluso intervenir en ellos y modificarlos. Pero solo en lo que se refiere a la muerte del general, porque el resto de la narración se atiene a la realidad histórica y es totalmente verosímil. En realidad, la fabulación sobre la muerte del general Silvestre constituye el núcleo de la trama y sirve al autor para una tarea de reconstrucción histórica verdaderamente ejemplar.

De oscuro y bajo origen, el personaje en cuestión nada tiene de “clemente” ni de “garrido”. No es solo que ayudara a la desaparición de sus compañeros —enviando a uno de ellos a una muerte segura y propinando al otro un golpe en el costado que adelantó una muerte inevitable—, para que no se fueran de la lengua, es que en todo momento se comporta de forma cobarde y con doblez, como el cínico que era. Con bondad lo juzga Gaya en el prólogo cuando dice de él que “no es del todo un malvado, ni resulta ser exactamente un héroe, ni es por entero portador del bien o del mal. Tampoco se empeña en mayores trances que los de ir a rastras del destino, lo mismo que en la memorable ocasión en que actuara hicieron otros muchos miles de hombres”. Y es que, bien mirado, sería injusto pedir a nuestro Clemente las virtudes que muy pocos mostraron en aquellas circunstancias (lo que incluye a los militares profesionales): valentía, desprendimiento, solidaridad, etc. En una guerra que además Clemente, como tantos otros soldados de reemplazo, tenía muy claro que no era la suya.

Noticia sobre Julián Vidal, vecino de El Burgo y “uno de los ex-cautivos de Abd-el-Krim”. El Avisador Numantino, 3 de marzo de 1923

**“Porque, si vamos a ver, ¿qué diferencia hay entre el corral de este moro y el del Tío Baltasar, de mi pueblo?”**

El libro es una crítica feroz y sin contemplaciones de todo el entramado de intereses, incompetencias y corrupciones que condujeron a un desenlace tan calamitoso. La irresponsabilidad de los políticos corruptos, la corrupción de los militares irresponsables e ineptos, los intereses económicos inconfesados, etc. De ahí que los reclutas hicieran esa guerra con desgana —si puede decirse así—, una guerra que les era completamente ajena. “La campaña de 1921 tendrá lugar entre soldados muy a su pesar y guerrilleros infinitamente vocacionales”, dice el narrador. E insiste en las analogías entre las tierras y los hombres del Rif y los españoles (la misma “sequedad, el mismo brillo del sol, el mismo polvo, idénticas rocas peladas”; “porque hay moros en el campo de Melilla que me recuerdan gente de mi pueblo, en la provincia de Soria —corroboraba Clemente—”) para concluir el sinsentido de una guerra que tenía trazas de civil. “Es, ¿cómo diría yo?, como si hubiera una guerra entre los hombres de Soria y Guadalajara, o de Madrid”, insiste Clemente.

Si esta es una visión maniquea —como se ha dicho— que idealiza a los rifeños —sin olvidarse de su crueldad, que no obstante ejercen en defensa de su tierra, hollada por los extranjeros—, es algo que queda para el lector y que en cualquier caso no empece la profunda verdad que guarda la obra. Sin duda, el narrador “es incapaz de distanciarse del relato”, lo que se traduce en un republicanismo beligerante (el del propio Gaya) que se manifiesta en continuas alusiones inculpatorias hacia el habitante de “una casa muy grande de Madrid”, autor de un telegrama culpable dirigido al general Silvestre y presunto autor también de aquella frase ignominiosa referida a los prisioneros de Axdir: “¡Pues no vale poco la carne de gallina!”



Luis Marichalar y Monreal, vizconde de Eza, Ministro de la Guerra durante el desastre de Annual.

**“Uno de los argumentos más duros, desencantados y corrosivos de toda la postguerra”**

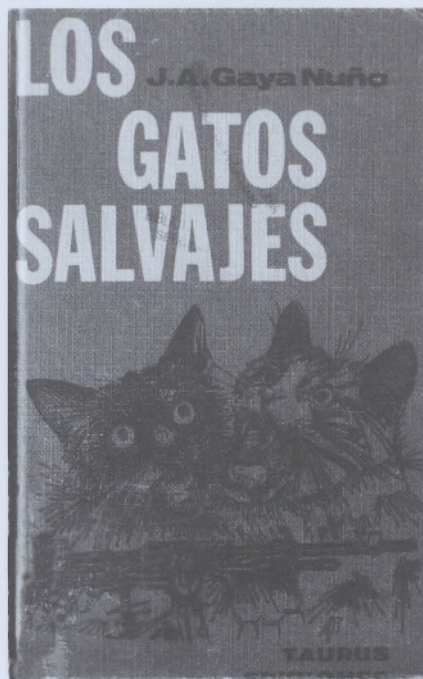
Calidad literaria, verosimilitud y “uno de los argumentos más duros, desencantados y corrosivos de toda la postguerra” (Sanz Villanueva), eso es *Historia del cautivo*, una obra sin duda comprometida políticamente —lo que no le resta un ápice de calidad— que entronca con la novela social de los años sesenta, con la que comparte compromiso, “intención política”, denuncia, “y algunas técnicas formales” (C. Baranda). Pero a diferencia de aquella, al ocuparse de una época pasada, “los acontecimientos narrados adquieren un valor ejemplarizante cuyo mensaje se puede actualizar con facilidad”. Es eso lo que, según Baranda, hace de la *Historia del Cautivo* y de su “mensaje político”, desprendido de lo efímero y anecdótico, algo “hasta cierto punto, más peligroso”. Un mensaje político, “abiertoamente republicano”, que no se expresa en términos de clase, sino de ciudadanía democrática, como denuncia por los ciudadanos de la “actuación irresponsable y corrupta del gobierno”.

## “Los gatos salvajes y otras historias”

### “Los gatos salvajes”

Editado por Taurus, en 1968 aparecía un nuevo libro de Gaya Nuño, esta vez de cuentos sobre la Guerra Civil y la posguerra: *Los gatos salvajes*. Después de “haber pasado la censura y mutilado por ella”, el libro, según cuenta su autor, tuvo escasa o nula difusión, puesto que el “estado de excepción” decretado a comienzos de 1969 acobardó a la editorial, “que ha decidido dejarlo dormir, esto es, incapacitarlo para siempre” (F. Yndurain). Confiesa Gaya en la Introducción sentirse poco menos que un intruso, por su tardía y osada iniciación —a los cincuenta y tantos años— en “un género que jamás ensayé: el de la narración o cuento” y confiesa que le “divierte (mucho) escribir cuentos”. De hecho, en lo sucesivo no otra cosa es lo que escribirá en materia de creación literaria. Por lo demás, como ya señaló su editora (de las obras completas), “la predilección última por este género no es sorprendente, si se tienen en cuenta alguno de los rasgos de su producción anterior, marcada por el fragmentarismo, el carácter episódico y el gusto por las anécdotas y personajes pintorescos”.

Consta el “librillo” de doce cuentos, repartidos equitativamente entre la guerra y la inmediata posguerra, la de los ominosos años cuarenta. La guerra, “vista desde el lado republicano y con la lógica y reposada perspectiva de los treinta años desde sus hechos transcurridos.” Nadie espere por ello encontrar en estos relatos el fragor de la batalla, la guerra caliente del combate en la trinchera o la sangrienta ofensiva militar, sino una serie de incidentes menores —anécdoticos unos, grotescos otros, dramáticos todos— que surgen cuando la guerra se detiene y que forman parte de su *cotidianidad* excepcional.



“Los gatos salvajes y otras historias”, Taurus, 1968.

Es una guerra que tiene poco de heroica, y mucho más de vulgar, fea y absurda, de la que el autor extrae las experiencias que confieren a los cuentos —con las lógicas diferencias de calidad— una gran “fuerza y verdad”. No se encuentra en ellos una defensa expresa de posiciones políticas, ni un abierto afán propagandístico, como cabría esperar de un combatiente republicano tan destacado y convencido como Gaya. Cuánto pudo haber de opción estética personal en esta ausencia y cuánto de cálculo y lógica anticipación a los desmanes y desmoches del censor es algo que no sabemos con seguridad, pero no sería razonable ignorar las condiciones de posibilidad que la censura establecía.

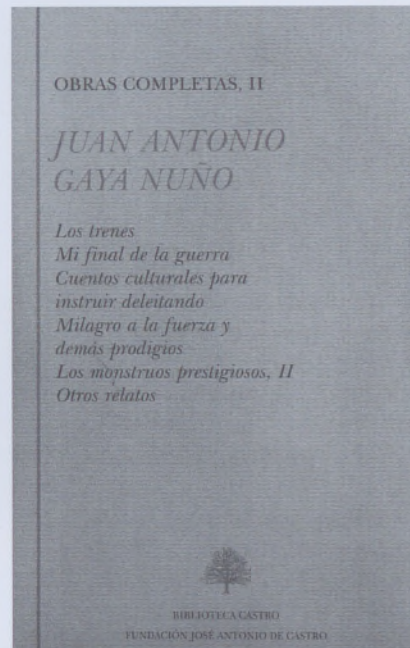


## “La inmensa hostilidad que nos separaba”

El cuento que da nombre al libro es el que abre la serie, *Historia de los gatos salvajes*, el de mayor fuerza dramática de todos ellos y el que contiene una explícita condena de la irracionalidad de la guerra encarnada en esos gatos salvajes que “habían elegido la guerra y el selvatismo sin siquiera las razones que para ello esgrimíamos los hombres”. Sigue la *Historia del sueño*, un paradójico y patético relato en el que el teniente Prádenas, de Transmisiones, incapaz de soportar el sueño, enloquece, y se pega un tiro como “única manera de que me releven”. La *Historia del prisionero tonto* es la de un pobre diablo de cortas entendederas (Regino Fuentes López) hecho prisionero e interrogado por las fuerzas republicanas. Comprobada la absoluta estolidez y desorientación del sorche –“como un modorro muerto de miedo, así estaba”–, es devuelto –regalo envenenado– a las fuerzas fascistas. *La casa de los muertos*, una casa en “tierra de nadie” entre las dos líneas de trincheras en la que se decía “había dos muertos sentados ante una mesa”, desata la morbosidad de los soldados de uno y otro bando, lo que da lugar a la inevitable reflexión sobre “el ansia de leyendas del pueblo español” y su inveterada creencia en “embelecios y leyendas desatinadas”. Un humor más desenfadado es el de *La resurrección de Eladio*, y amargo el de *Muerte de un Internacional*, brigadista alemán que muere absurdamente en una corrida de toros cuando “la XLIX Brigada” descansaba en “uno de esos pueblos grandotes y blancos, desparramados y quietos de la Mancha”.

## “Lo bufo y lo grotesco”

Los otros seis cuentos, los de posguerra, conforman un amplio cuadro en el que se recogen las marrullerías y trapacerías que proliferaron en los años cuarenta, años de plomo, de racionamiento e intervencionismo estatal en beneficio de los vencedores en el poder: “desde una estampa presidiaria hasta una narración de ambiente universitario; y, entre ambas, otras cuatro que testimonian algo de la vida de los años cuarenta, pródigos en situaciones de pura picaresca”. Añade Gaya, socarrón, que en esta segunda parte era lógico que “dejara de contener el autor sus inclinaciones a lo bufo y a lo grotesco, dado que de tales matices estaba saturada mucha peripecia cotidiana”. Vencidos, perdedores y humillados, esos son



“Obras completas I y II”, Edición y prólogo de Consolación Baranda, Biblioteca Castro, 2000.

algunos de los personajes que protagonizan historias tristes de marginación y supervivencia. (“Todos aspirando a ganarse la vida con pena y con talento, como tantos nos la tuvimos que ganar en aquellos años espantosos”) Otros, poderosos y extravagantes individuos sin escrúpulos, son agiotistas y especuladores que se embarcan en empresas –disparatadas alguna de ellas– con desprecio de toda moral y sentido ético. Y pícaros, como los falsos frailes que engañan a respetables señoras –nada inocentes, por cierto–, a quienes sacan los cuartos para la construcción de un “supuesto Santuario Nacional de la Gran Expiación del Monte Carmelo”.



“Los monstruos prestigiosos”, Inventarios provisionales, 1971.

### “Los monstruos prestigiosos”

*Los monstruos prestigiosos: (Cuentos)* es el último de los libros de Gaya Nuño publicado en vida del autor. Fue editado en Las Palmas por “Inventarios provisionales”, en 1971, y contenía una serie de relatos con un tema común: los animales mitológicos (hidras, cancerberos, dragones, minotauros, harpías, esfinges, centauros, basiliscos, etc.). De ellos dirá Gaya que, por ser tan breves, “más acertado sería darles la denominación genérica de subcuentos o cuentículos”. En cualquier caso, es el tamaño que correspondía a la monstruosidad. El objeto de estos cuentos teratológicos no era otro que “el desprestigio de lo monstruoso”, para lo que no había cosa mejor que “el empleo del humor”, porque otra cosa sería tanto como “tomar en serio a toda esta patulea de bicharracos”, cuyo prestigio procedía inopinadamente de Grecia.

### “Milagro a la fuerza y demás prodigios”

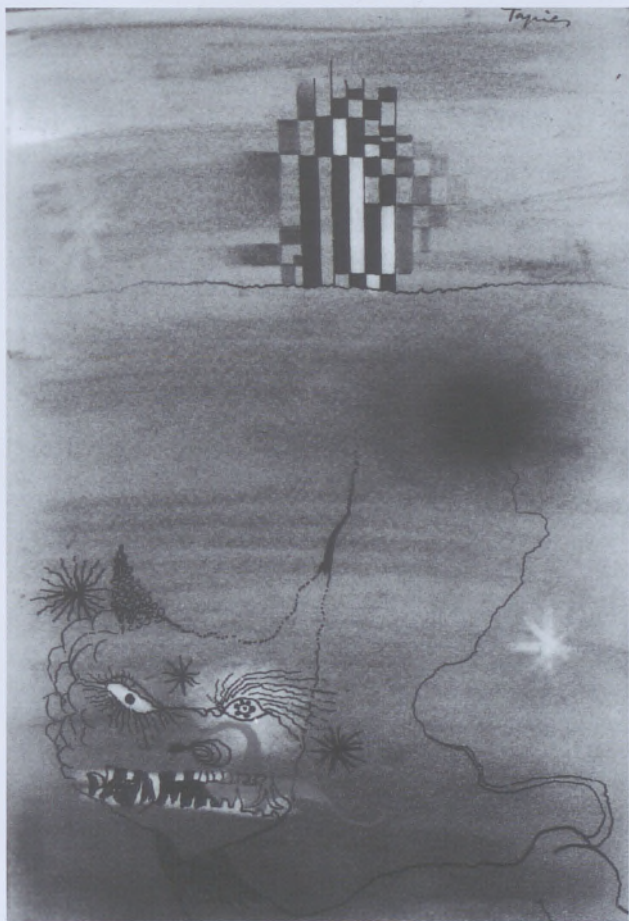
La producción literaria de Gaya Nuño se completa con dos conjuntos de cuentos, inéditos la mayoría hasta la aparición de sus obras completas en 2000 –destinados según su editora a sendas publicaciones que se frustraron por la prematura muerte del autor–, más algún otro relato suelto que conforman una obra cuentística extensa y excepcional. Se trata de *Milagro a la fuerza y demás prodigios* y *Cuentos culturales para instruir deleitando*. En el segundo caso, Gaya Nuño parece que había concebido el “proyecto de escribir un grupo de relatos en torno al ámbito de la cultura, pero al ser publicados algunos de forma independiente, el conjunto quedó descabalado” (C. Baranda). En el primero, *Milagro a la fuerza y demás prodigios*, salta a la vista la unidad temática y de propósito de los cuatro cuentos (*Milagro a la fuerza*, *La señora Brigida*, *Sor María de Asís*, *Aparición*), fundamentalmente la “crítica del mundo clerical y de sus imposturas”. En ellos Gaya Nuño da rienda suelta a su anticlericalismo militante y denuncia con acrimonia las imposturas y falsías del clero, así como las supersticiones del pueblo fiel.

Dos de estos cuatro cuentos se desarrollan en los años de la República y la Guerra Civil: *Milagro a la fuerza*, en “tiempos adversos para la Iglesia” cuando, según el párroco de Soto del Berrueco, “Dioleciano y Lutero reencarnaban impiamente en Azaña”, y *Sor María de Asís*, durante la Guerra Civil, cuando, asegura el narrador, “bastaba con mirar en derredor y advertir una alegría de total autenticidad, la de las buenas gentes españolas que se habían librado de las cadenas”. Los relatos abundan en detalles macabros, descripciones truculentas y hasta necrófilas. Pero todo ello se aborda con ironía y un acusado sentido del humor que provoca la sonrisa y a veces la carcajada, a excepción de *Sor María de Asís*, una trágica historia sumergida “en la enorme marea de desdichas que acompañaron, desde el principio hasta el final, toda la guerra”. Narrador omnisciente, Gaya Nuño continuamente opina y emite juicios de valor, eliminando “cualquier resquicio de ambigüedad, de duda, y por lo tanto de opiniones alternativas a las que sin recato se nos manifiestan en los textos” (C. Baranda). Por lo demás, salta a la vista el perfecto conocimiento de ambientes, escenarios y personajes, el ritmo narrativo y la prosa ágil del autor.

### “Cuentos culturales para instruir deleitando”: un tiempo en el que “siempre era invierno”

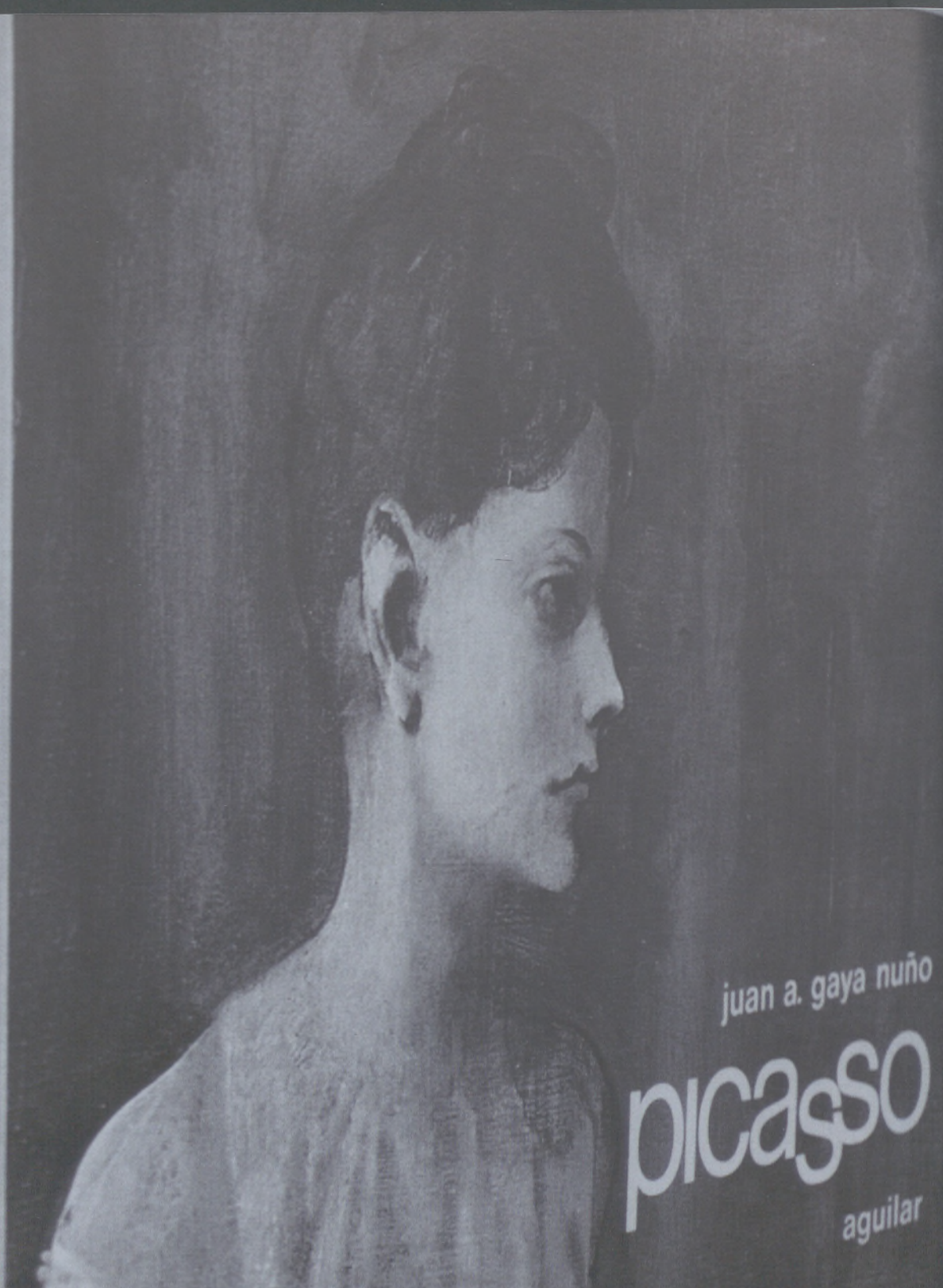
El conjunto de *Cuentos culturales para instruir deleitando* comprende un total de nueve relatos en los que abundan tipos y situaciones: intelectuales de medio pelo, bohemios, profesores de Instituto, catedráticos de Universidad y espabilados de toda laya. Son casi siempre grises personajes, presentados a menudo con rasgos de caricatura, que protagonizan *historias* en las que predominan la mediocridad, la incompetencia y la impostura: un grupo de presuntos intelectuales y artistas que protagonizan *La noche de Rosalía* a la espera de un incierto amanecer; dos catedráticos de Instituto (*D. Joaquín y D. Senén*) en una vetusta capital de provincia “en la que siempre era invierno”; el pobre opositor a cátedras de Universidad (Sigerico) víctima de las prácticas nepotistas de los catedráticos de turno; el infeliz profesor auxiliar de la Universidad Central (Fermín Higuera) que sacrifica su vida y profesión al servicio de un catedrático cínico y vividor; la aparición de una nueva revista literaria de esas que “no debieron existir jamás”; el frustrado opositor a “cierta cátedra de Arqueología Prehistórica” que urde un plan para ridiculizar a los sabios oficiales; o la disparatada y divertida historia de la venta del esqueleto de un ángel al Museo del Hombre.

Es significativa la insistencia de Gaya en asuntos relativos a la enseñanza y al mundo universitario, a la incompetencia de los catedráticos —auténticos mentecatos muchos de ellos—, a su miseria moral, y a los vicios de un sistema deletéreo que coloca en la cumbre del saber a los más incapaces. La *fauna* docente es objeto, en efecto, de una crítica mordaz e inmisericorde. Hasta la caricatura. Por lo demás, en cuanto al tiempo de los relatos, hay que insistir en la imprecisión y la falta de referencias temporales, si bien algunas descripciones o vagas referencias ambientales hacen pensar en los años cincuenta y sesenta. Con lo cual, una vez más, se pone de manifiesto la existencia en la obra de Gaya de dos tiempos separados por la Guerra Civil (C. Baranda): uno positivo, luminoso, pleno de valores cívicos, y otro negativo, sórdido, presidido por la indignidad y la sevicia. En este último, convertido en una especie de tiempo sin tiempo, es en el que se desarrollan buena parte de los cuentos de esta serie.



A. Tàpies. Sin título. Sin fecha. (Centro Cultural Gaya Nuño)  
“Esa su pintura frontal y oclusiva..., sombríamente orgullosa de su calidad impenetrable, es un espejo de nuestras limitaciones e imposibilidades”.

ya Nuño  
PASSO  
+\*  
pauitua  
ichas  
enicas



juan a. gaya nuño

**picasso**  
aguilar

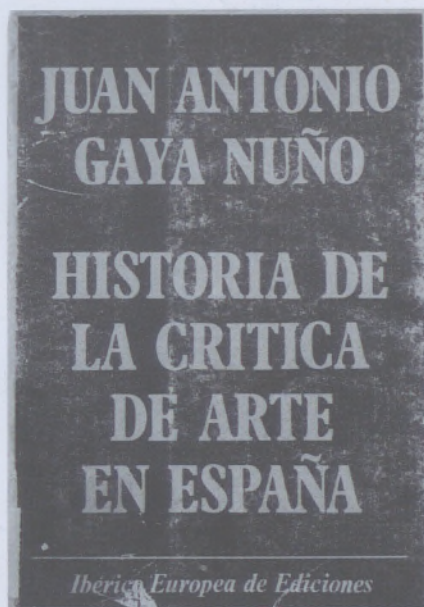
Fotografía: Alberto Soria

## Historiador y crítico de arte

**“Yo mismo me asusto de las muchísimas páginas con que he afligido a editoriales y revistas”**

En 1975, un año antes de su muerte, Gaya Nuño publicaba su *Historia de la crítica de arte en España*, una “historia ambiciosa y (como la mayoría de las suyas) llena de juicios”. Pionera, además. No faltan en ella aceradas críticas y algún que otro “ajuste de cuentas” tras toda una vida de ofensas y agravios. Como Apéndice a la *Historia de la crítica en España* incluía Gaya la relación de sus publicaciones (también literarias), “desde 1932 hasta la fecha”, excluidas “recensiones bibliográficas”, algunas presentaciones de artistas, “opiniones aducidas en encuestas” y “publicaciones de propósito inmediatamente vulgarizador y didáctico”. Un total de 624 registros con trabajos de diversa temática, condición y entidad, de los cuales 60 libros –de reducida extensión a veces pero que el autor considera libros “por su contextura”– y “16.083 páginas normales, ilustradas con 11.790 reproducciones en negro y 2319 en color”. Nada menos.

Con indisimulado orgullo, y sin falsa “modestia intelectual”, Gaya Nuño hacía recuento de todas sus publicaciones. Publicaciones que no mencionaba en el texto (“por parecerme incorrecto ponderarlos/as y porque tampoco entraba en mis intenciones su censura, bien que nadie conozca mejor que yo qué es lo mejor y qué lo peor de lo que he hecho”), pero que por supuesto no iba a esconder ni privar de su conocimiento al lector. Como se ha visto, Gaya Nuño escribió además numerosos cuentos que permanecieron inéditos hasta darse a conocer –parece que no todos– en las obras completas publicadas en 2000: un volumen que supera las setecientas páginas.

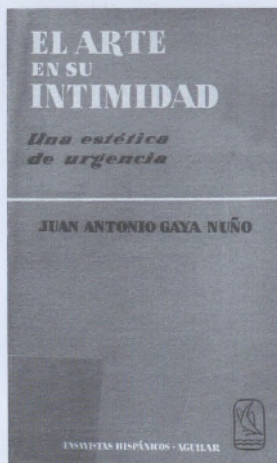


Historia de la crítica de arte en España, 1975.

## “Entendimiento del arte”

A menudo, al hablar de Gaya Nuño, se elogia lo copioso de su obra como un valor en sí mismo, como si la cantidad viniera a suplir la calidad o a compensarla. Pero no es en absoluto así. Gaya Nuño escribió mucho y bien. Escribió mucho “para ganarse la vida” –vedadas como le estaban la Universidad y otras instancias de la cultura oficial–, pero también, si se nos permite la expresión, *por amor al arte*. Gaya amaba el arte y se dolía de las “gentes enajenadas voluntariamente de ese portentoso beneficio”. Quiso, con algún “libro misionero” –como lo calificó con cierta sorna– “catequizar a ese espectador que se ha cercenado voluntariamente una fabulosa capacidad de goce” y, con sus muchísimos libros divulgativos, poner el arte al alcance de la gente corriente. “Porque es difícil amar lo que no se conoce. Y el conocimiento ideal, el que comporta un absoluto goce de la obra de arte es el que engloba las circunstancias en que ésta fue creada”.

Esa y no otra era la función del crítico e historiador del arte, la de procurar el entendimiento del arte y de la obra artística. Intermediario entre el espectador y la obra –“intermediario, «ergo» parásito”–, el crítico solo tenía sentido en la medida en que contribuía a ese fin, y lo ideal sería su extinción, porque ya no hiciera falta. Al fin y al cabo, “el entendimiento del Arte está al alcance de toda criatura de buen sentido, provista de la amplitud de visión necesaria para aceptar y gustar cualquier bondad”.



El arte en su intimidad, Aguilar 1957.

Crítico e historiador del arte –dos caras de una misma moneda–, Gaya Nuño fue un excepcional dinamizador del arte contemporáneo, a cuya difusión contribuyó en gran medida, con su trabajo en las Galerías Layetanas primero y siempre a través de sus múltiples publicaciones, conferencias, exposiciones, catálogos, congresos, etc. Prueba del lugar ocupado por la figura de Gaya en el panorama de la creación artística de posguerra –muy ralo en los años cuarenta pero progresivamente poblado y enriquecido a partir de los cincuenta– es la espléndida colección de arte que forma su legado pictórico. Destacan en ella las individualidades, sin duda, pero aun más la colección, que ofrece “un completísimo panorama del arte español del siglo XX” (L. Cerrillo). Y que conste que este legado, “fruto generoso de la estrecha amistad” con los artistas, las dádivas de estos, no condicionaron las opiniones expresadas por el autor. Pensar otra cosa es no conocer a Gaya.

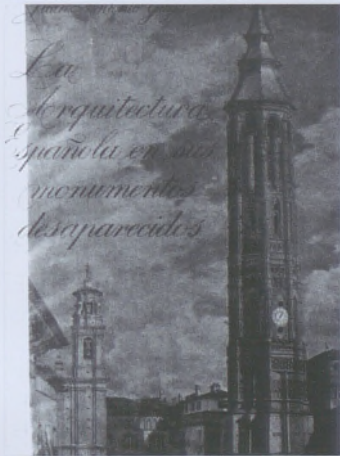
Gran divulgador del arte, sus obras “están siempre muy bien documentadas”, abundan en opiniones y juicios de valor, denuncias implacables y afirmaciones tan contundentes como certeras, que se manifiestan en una prodigiosa adjetivación. Lo que no es incompatible con la sencillez –“¡con lo elocuente que es la sencillez!”– y la claridad. Solo así se puede conseguir que el arte llegue a su destinatario. Sencillez y claridad que de alguna manera serían las formas de la belleza. No obstante, hay que reconocer que su estilo resulta a veces algo abrupto y que cuesta entrar en él, pero, una vez se rompe el velo, el discurso fluye con facilidad y agilidad asombrosas. En sus escritos Gaya dialoga con las obras y con el lector y en este diálogo transmite su entusiasmo contagioso y su poder de convicción. Es una prosa ondulante, sin artificios ni mixtificaciones y en la que no falta una fina ironía, incluida la referida a sí mismo, que convive con la crítica estruendosa e incluso el denuesto.

## “La ligazón y la atadura del arte nuevo con el arte viejo”

Como es sabido, Gaya se interesó por todas las manifestaciones y expresiones artísticas: arquitectura, escultura, pintura, cerámica, filatelia y hasta el cine. Dedicó “obras fundamentales” a los grandes artistas españoles (Velázquez, Murillo, Zurbarán, Goya, Picasso) y a otros no tan grandes, ocupándose de períodos hasta entonces inexplorados, si no ignotos, como el siglo XIX. En algún momento se referirá por ejemplo a “esos estirados catedráticos que desprecian todo lo posterior a Goya”. Denunció la destrucción del patrimonio artístico español y el abandono de los museos. Escribió valiosos ensayos sobre teoría del arte y su relación con la literatura. Ningún período y *estilo* artístico le fueron ajenos, aunque fuera el siglo XX el que más le ocupó, lo que sin duda tiene que ver con su actividad de crítico, además de historiador del arte.

Gaya Nuño “se consideraba tanto historiador como crítico” de arte. En realidad, no veía sino complementariedad entre ambas disciplinas –que compartían objeto y métodos–, unidas por una particular “concepción unitaria y universalista del arte”. “El Arte es uno”, dirá. El arte actual “es continuación y de ningún modo tabla rasa” y, por tanto, para entenderlo, habrá que “conocer profundamente el arte anterior”. Decía asimismo Gaya que él ejercía la crítica “con pretensión de empalmarla con la Historia”. A esta declaración de principios, que suscribiría cualquier diletante, le da la vuelta Gaya en una pirueta argumental que provoca el desconcierto del lector y le obliga a volver a leer: “Y, además, historiar el arte antiguo desconociendo el nuevo y novísimo no lleva sino a una entomología o mineralogía de lo consagrado, no ya odiosa, sino absolutamente criminal. Tan descomedido es explicar la obra de Manet sin referirse a Velázquez, como comentar a éste prescindiendo de Manet. Eso de encerrar materia tan maravillosa cual es el arte en apartados estancos, sólo puede ser obra de perfiles burocráticos y, en efecto, no de otro modo se profesa en los pobres centros de burocracia que son las universidades”.

De modo que “si no se comprende el arte de nuestro tiempo tampoco es inteligible el del pasado”. Este acercamiento al arte “desde la contemporaneidad” puede pertenecer a una “corriente historiográfica hoy ya superada” (G. Borrás), pero es evidente que sacude al lector –sin duda al menos informado o no experto– y le obliga a reflexionar.



La Arquitectura Española en sus Monumentos desaparecidos, Espasa Calpe, 1961.

## “Libro(s)-catálogo-acusación”

Catálogos, recuentos, antologías “negativos”, así los califica, con toda justicia, Gaya Nuño. Se trata de tres libros publicados entre 1958 y 1964: *La pintura española fuera de España, Pintura europea perdida por España y La arquitectura española en sus monumentos desaparecidos* (1961). Estos “robustos pilares de Espasa-Calpe” (G. Borrás), que, con algunos otros (*Después de Justí. Medio siglo de estudios velazqueños, Historia y Guía de los Museos de España*), labraron su prestigio profesional y científico pasado el medio siglo, están entre lo más valioso y permanente de su obra. Se encuentran en ellos textos antológicos en los que la denuncia indignada se mezcla con una profunda amargura y desazón. A riesgo de que lo etiquetaran como “historiador entristecido”, Gaya Nuño persistió en la denuncia, insistiendo en que bajo ella había, en el fondo, “una profesión de fe” en el arte.

Pero la obra sobre arte tiene en Gaya una dimensión que va más allá de lo estrictamente artístico. A través de ella emerge un relato sobre el país —la incuria de las elites dirigentes, la ignorancia del pueblo, etc.— interpretable en términos políticos (Portus, J. y Vega González, J.). Cabe decir, pues, que en Gaya Nuño se produce, por razones obvias —autocensura y censura—, un deslizamiento de la crítica social y política al terreno del arte o, si se quiere, que en Gaya la crítica de arte es, de alguna manera —no explícita—, crítica social y política. El vencido y represaliado Gaya Nuño respira por la herida y, en textos antológicos —especialmente los que conforman la serie referida a la destrucción del patrimonio español—, con resonancias *noventayochistas*, traza un panorama desolador en el que se mezclan la ignorancia e indiferencia de los españoles —“de sello oriental”—, el “desprecio por lo bello”, los intereses mezquinos, la corrupción y el desgobierno seculares, para llegar al resultado final que no es otro que la desaparición de una parte de España (“ajusticiada”, “muerta”).

## “Las piedras injuriadas”

Gaya Nuño no dejaba títtere con cabeza, acusaba y repartía culpas: los gobiernos, en primer lugar —incapaces “de detener una sola demolición”—, las elites —nobleza y burguesía— irresponsables y el pueblo analfabeto, al que “siempre se ha procurado privar” de la más “elemental educación”. Sin olvidar a quienes, personas e instituciones —como las Academias de la Historia y de San Fernando—, obligados a defender el patrimonio, fueron “incapaces de adoptar una posición gallarda, aunque peligrase la propia catedral de Burgos, o informaban desfavorablemente o se limitaban a debilísima protesta, con todas las características de un responso.” Puesto que no se trataba de la “destrucción ciega” de la guerra, sino de una “destrucción pacífica, premeditada, fría, realizada de cara a la opinión tanto vulgar como sabia, nacida, no de una necesidad estratégica o de un azar desgraciado, sino de un desprecio por lo bello y vetusto”. Y acababa señalando el “contrasentido” de que fuera la pobreza la que salvara no pocos monumentos a los que una idea de progreso mal entendida hacía candidatos a la piqueta o a una “desambientación total y una desconexión de la geografía y de la Historia”. Como ocurrió en Soria con las “ruinas” de San Juan de Duero, que se pensó “trasladarlas, nadie sabe con qué arbitraria y estafalaria nueva planta, a los altos de la Alameda, dos kilómetros más arriba de su emplazamiento. Pues bien, si este descabellado propósito no pasó de serlo, sólo se debería a las estrecheces del presupuesto municipal”.

No se olvidaba Gaya de la restauración que, mal entendida y practicada, podía ser incluso aún más destructiva que la propia ruina del monumento, puesto que si de la destrucción era posible salvar “unos capiteles, una portada, una celosía”, las “temibles restauraciones a fondo” desfiguraban y rehacían el monumento, lo desvirtuaban por completo.

La denuncia se extendía a los museos, en un libro de la estirpe de los anteriores, *Historia y guía de los Museos de España* (1955), en el que Gaya Nuño daba cuenta de las carencias de estos establecimientos. Para empezar, la ausencia de una política de museos: “en un país tan centralista y uno como es nuestra España, los museos están entregados a las más inverosímiles y plurales iniciativas, a los más diversos mecanismos”. A lo que había que añadir la clamorosa falta de medios y la escasa preparación del visitante.



## “La belleza robusta” del románico

Los escritos sobre la destrucción del patrimonio señalan uno de los centros de interés del Gaya Nuño historiador del arte. Otro fue el Románico, sobre el que realizó su tesis doctoral cuando apenas tenía 20 años, leída en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central y publicada en 1946 por el CSIC. ¿Y cómo no recordar aquí el clásico volumen V de “Ars Hispaniae” que escribió en colaboración con J. Gudiol Ricart en 1948 y que a tantos estudiantes sirvió para introducirse en la *Arquitectura y Escultura Románicas*? El Románico es el estilo en el que Gaya se inició como historiador del arte, el que tenía más a mano y el que identificaba con la tierra, la suya: por su “belleza robusta” y por la “herencia de sus dones concisos, libres, críticos”. Aunque dejara pronto de estar en el centro de sus ocupaciones de estudioso del arte, todavía en 1962 publicaba una *Teoría del románico* en la que evocaba sus orígenes como investigador, en la “primavera de (su) vida”, en torno a un arte “que había sido el de mi tierra, también en su lejana primavera”.



Amistad animal, de Paul Klee.

## Juicios sobre el arte y los artistas

No era Gaya persona que se mordiera la lengua o eludiera la opinión comprometida, ya lo sabemos. Enemigo de la componenda y amigo de la verdad —la suya—, su obra abunda en juicios, siempre fundados y que nunca dejan indiferente al lector. Para Gaya no existía un “estilo nacional (español) fundido con la raza”, “noción (esta) revisable”, decía, contra corriente, en 1949; Velázquez no era un “pintor realista” y tampoco perfecto (por cierto, “sigo sin entender qué cosa puede ser la perfección”); Dalí había perdido “la autenticidad de sus primeras monstruosidades, de sus escalofriantes sueños” por dinero (“en dólares ganados”); “No me gusta Gaudí. No creo en su genio”: “eso que han dado en llamar modernismo, es decir, la concreción tuberculosa, purulenta y cursi, demencial y morfinómana de un cruce de importaciones baratas con motivos vagamente hispanos”; Picasso era una “consecuencia velazqueña” y “sinónimo del siglo XX”; Paul Klee, “especie de brujo máximo de la pintura actual”; la razón principal “para concluir lo mirífico de la obra de Miró” se encontraba “en la limpieza y serenidad de los ojos del artista, que no han perdido su confianza en el lado cristalino, claro y niño de la vida”; la pintura abstracta emplea “todos los procedimientos de la otra pintura. No deja de participar de sus lacras y estigmas. Pero es pintura, y esto nos interesa plenamente. Por lo demás, ha creado obras de sorprendente y desusada hermosura”; el gran *cuadro de historia* de la segunda mitad del siglo XIX, lastrado “por la mentira total del conjunto, por la falsía de sus imprecaciones y gritos...”; el artista, “la misma criatura infantilmente soberbia, hipersensible —hiperestática, pudiéramos decir— al elogio y la censura, vigilante del rival y de su triunfo o fracaso, frecuentemente desconectada de cualquier actividad que no sea la suya”... ¿Hace falta seguir?



J. A. Nuño

**JUAN ANTONIO GAYA NUÑO** 1913/1976  
Historia del cautivo

**Bibliografía citada**

- Artigas Arpón, B.: *De la tragedia de España: Crónica General de la Guerra Civil (1936-1939)*. México, Talleres de Impresiones Modernas, 1978.
- Baranda, C.: *Obras Completas de Juan Antonio Gaya Nuño* (Edición y prólogo de Consolación Baranda Leturio). Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2000.
- Baranda, C.: "La historia del cautivo de J. A. Gaya Nuño: entre la novela histórica y la novela social", en *Homenaje a Elena Catena*, Madrid, Castalia, 2001.
- Borrás, G.: "Gaya Nuño, historiador y crítico de arte", en *Catálogo del legado pictórico de Juan Antonio Gaya Nuño*, Soria, Caja Salamanca y Soria, 1994.
- Cano, J. L.: "El Santero de San Saturio", en *Insula*, n° 90 (1953).
- Cardero Azofra, F. y Cardero Elso, F.: *El penal de Valdenoceda*. Palencia, Cálamo, 2011.
- Carol, J.: *Entre la espada y la pared. (Interrogatorio a los españoles)*. Barcelona, Ediciones Rondas, 1974.
- Cerrillo, L.: "Catálogo. Introducción", en *Catálogo del legado pictórico de Juan Antonio Gaya Nuño*, Soria, Caja Salamanca y Soria, 1994.
- Conte, R.: "Canonización de un escritor", en *ABC Cultural*, 25 de marzo de 2000.
- Grande, F.: "Un libro de mendigos", en *Occidente, ficciones, yo*. Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1968.
- Marco, C. de: Prólogo a "Los Trenes", s.a. ¿1976?, 14 fol. (Inédito).
- Martínez Laseca, J. M. y Río Chicote, I. del: *Gaya Nuño y su tiempo*. Salamanca, Junta de Castilla y León, 1987.
- Martínez Laseca, J. M. y Río Chicote, I. del: *Juan Antonio Gaya Nuño, 1913-1976. Entre el espectador y el arte*. Soria, Caja Soria, 1990.
- Martínez Laseca, J. M.: "Juan Antonio Gaya Nuño, escritor ante todo", en *Catálogo del legado pictórico de Juan Antonio Gaya Nuño*, Soria, Caja Salamanca y Soria, 1994.
- Martínez Laseca, J. M.: Martínez Laseca, J. M. y Río Chicote, I. del: *Gaya Nuño: ejemplo y lección*. Soria, Caja Duero, 2008.
- Martínez Laseca, J. M.: Martínez Laseca, J. M. y Río Chicote, I. del: *Juan Antonio Gaya Nuño: de cautivo a santero del arte*. Soria, Millán y Las Heras Editores, 2013.
- Núñez, A.: "Encuentro con Juan Antonio Gaya Nuño", en *Insula*, n° 271 (1969).
- Portus Pérez, J. y Vega González, J.: *Cossío, Lafuente, Gaya Nuño. El descubrimiento del arte español. Tres apasionados maestros*. Madrid, Nivola, 2004.
- Pancorbo, A.: "José Camón Aznar y Juan Antonio Gaya Nuño: dos situaciones distintas en una misma España", en *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, n° 72 (1998).
- Ridruejo, D.: "D. N. rompe un fanal", en *Revista*, n° 100 (1954).
- Rodríguez Teijeiro, D.: Configuración y evolución del sistema penitenciario franquista (1936-1945), en *HISPANICA NOVA*, n° 7 (2007) <http://hispanianova.redins.es>
- Romero, C.: "Aproximación a la personalidad y la biografía de Juan Antonio Gaya Nuño", en *Catálogo del legado pictórico de Juan Antonio Gaya Nuño*, Soria, Caja Salamanca y Soria, 1994.
- Romero, C.: "Soria. Crónica Contemporánea". El Mundo/Diario de Soria, Soria, 2008.
- Sanz Villanueva, S.: *Historia de la novela social española*. Madrid, Alhambra, 1980.
- Tudela, J.: "Sobre el Tratado de mendicidad", en *Insula*, n° 188-189 (1962).
- Ynduráin, F.: Juan Antonio Gaya Nuño, escritor: una apreciación, en *Philologica hispaniense*, T. IV (1987).



Francisco Arias, "Paisaje".  
Grabado pictórico de Juan Antonio Gaya Nuño.  
Centro Cultural Gaya Nuño (Caja España-Duero).

"Lo que estoy elogiando es la pintura abstracta como epílogo y no como prólogo; como resumen y no como fuente. En otras ocasiones he desarrollado la tesis de la bondad de la abstracción en tanto sea resumen y epílogo de tendencias anteriores o superación de etapas previas en el artista [...] Porque no hay nada tan bello como un cuadro abstracto realizado por un pintor de verdad. Será tan hermoso y tan cautivador como un Tiziano o un Menling, según han mostrado saciadamente Paul Klee, y Piet Mondrian, y Nicolás de Staehl (sic), y Manessier, y tantísimos otros. Precisamente las posibilidades de la pintura abstracta son de tal infinitud, de tan copiosa reserva, que será o sería un delito convertirla en cosa maquinal, inerte o improvisada. Todos cuantos se introducen en su factura de modo matutero y clandestino deben ser desenmascarados, y sin ninguna piedad".

(Juan Antonio Gaya Nuño:  
*Pequeñas teorías de arte*, 1964)

DL 79298